

**La Revolución Cubana y su relacionamiento con el  
continente americano entre 1959 y 1964:**

**El caso uruguayo**

**Nicolás Puig Grazioli**

**Trabajo Final de Investigación de Grado**

**Tutor: Dr. Roberto García Ferreira**

**Universidad de la República- Facultad de Derecho**

**Relaciones Internacionales**

**Montevideo, 2017**

## Índice

<b>Introducción .....</b>	<b>5</b>
<b>Diseño, objetivos e hipótesis de la investigación .....</b>	<b>6</b>
<b>1. Marco teórico y antecedentes históricos.....</b>	<b>7</b>
1.1 Relaciones entre Estados Unidos y América Latina hasta la Revolución Cubana .	7
1.1.1 Conferencia de Caracas de 1954: miedo al “comunismo” y revolución en Guatemala.....	10
1.2 EEUU y Cuba: entre la Enmienda Platt y la Revolución de 1959.....	12
1.2.1 Dictadura de Batista y el nacimiento de los grupos revolucionarios .....	16
<b>2. La Revolución Cubana.....</b>	<b>20</b>
2.1 Tendencia inicial de la Revolución.....	20
2.2 Primeras medidas del Gobierno Revolucionario .....	21
2.3 Deterioro de las relaciones con Estados Unidos y radicalización de la Revolución Cubana .....	23
2.4 Segunda etapa del Gobierno Revolucionario: entre el acercamiento a la U.R.S.S y el conflicto con Estados Unidos.....	25
2.5 Guerra económica con Estados Unidos .....	27
2.6 Cuba en el ojo del mundo: conflicto armado y declaración comunista de la Revolución.....	29
2.7 La incesante búsqueda por mantener un canal abierto entre EEUU y Cuba .....	31
<b>3. La Revolución Cubana y América Latina.....</b>	<b>32</b>
3.1 América Latina: espacio “natural” de propagación ideológica.....	32
3.2 Motivaciones de la política exterior cubana y giro hacia la U.R.S.S.....	33
3.3 La búsqueda de “otras Cubas” por América Latina.....	35
3.4 Estados Unidos y la ALPRO.....	36
3.5 La Revolución Cubana y la desestabilización democrática en Sudamérica .....	38
<b>4. Relaciones entre Uruguay y Cuba en el período 1959-1964 .....</b>	<b>39</b>
4.1 Uruguay a finales de la década del 50’ .....	39
4.2 Visitas de los protagonistas de la Guerra Fría (Castro, Eisenhower y Guevara) y sus repercusiones en la sociedad uruguaya .....	40
4.3 El dividido mapa político nacional ante la exclusión de Cuba de la OEA .....	44
<b>5. Relaciones Uruguay- Cuba: la perspectiva nacional.....</b>	<b>49</b>
5.1 Relaciones entre Uruguay y Cuba post-Revolución .....	49
5.2 Fuentes inéditas que ayudan a explicar el deterioro de las relaciones bilaterales con los Revolucionarios cubanos.....	54

5.3 Ecos de la Revolución Cubana que condujeron al fin de relaciones bilaterales con Uruguay.....	63
<b>6. Conclusiones finales.....</b>	<b>64</b>
6.1 Uruguay y Cuba: una historia de encuentros y desencuentros .....	64
<b>7. Notas .....</b>	<b>66</b>
<b>8. Referencias .....</b>	<b>71</b>
8.1 Bibliografía .....	71
8.2 Documentos .....	72

## **Relación de siglas**

AL: América Latina

ALPRO: Alianza para el Progreso

EEUU: Estados Unidos

OEA: Organización de los Estados Americanos

ONU: Organización de las Naciones Unidas

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

## **Introducción**

El objetivo del presente trabajo es analizar el Gobierno Revolucionario cubano en sus primeros años de Gobierno y sus vínculos con el continente americano, siendo las relaciones bilaterales con Uruguay el tema a abordar en profundidad. La investigación se centra durante los años 1959 y 1964, período marcado por la Guerra Fría y la tensión permanente entre Estados Unidos y la URSS; en el cual Cuba tuvo un protagonismo único al pasar de ser un territorio dependiente de Estados Unidos a un enemigo potencial a solo 150 millas de su territorio.

La investigación histórica se ubica en el marco teórico de las Relaciones Internacionales y de la Ciencia Política. La misma se enmarca dentro de un orden bipolar de tensión permanente que caracterizó a la sociedad americana de aquellos años, con una crisis económica y democrática que ponía en jaque al predominio de los ideales estadounidenses sobre la región, y con un nuevo régimen revolucionario promovido desde Cuba que buscó expandir sus ideas nacionalistas a través del continente americano.

No es menor el papel que jugó Uruguay dentro de este contexto latinoamericano. Su carácter democrático, que lo distinguía del resto de los países del continente, hizo que la posición de nuestro país sea estratégica. Además, la acción -y omisión- de su representación diplomática acreditada en La Habana jugó un rol excepcional, al constituirse en un refugio de los revolucionarios durante la tiranía de Batista, y posteriormente, cumpliendo un rol similar al albergar a los contrarrevolucionarios que escapaban de la opresión del régimen castrista.

**Palabras claves:** Revolución Cubana, América Latina, Uruguay, Guerra Fría.

## **Diseño, objetivos e hipótesis de la investigación**

Con el fin de lograr una comprensión integral del tema, el diseño de la investigación es explicativo y exploratorio. Se aborda el tema desde un nivel macro de análisis, buscando comprender los antecedentes históricos y el contexto regional; hasta un nivel micro o exploratorio de investigación, con el fin de examinar una temática poco estudiada por la bibliografía actual uruguaya, como son las relaciones entre el régimen cubano y el Gobierno uruguayo durante los años 1959 y 1964.

Si bien se utilizan fuentes secundarias para explicar el contexto de la época: el papel de Estados Unidos, la Revolución Cubana y sus motivaciones con respecto a América Latina; la novedad de la investigación pasa por exhibir fuentes aún no transitadas conservadas en el Archivo Administrativo de la Cancillería uruguaya. Dichos materiales aportan nuevos elementos al análisis y permiten explicar con mayor precisión el deterioro de relaciones bilaterales entre ambos Estados durante el periodo de tiempo establecido.

**Objetivo general:** Analizar la Revolución Cubana y su proyección hacia el continente americano, específicamente las relaciones bilaterales con Uruguay entre 1959 y 1964.

**Objetivos específicos:** Describir la política exterior estadounidense y su influencia en los países latinoamericanos; Comprender las motivaciones de la política exterior cubana con respecto a América Latina; Analizar el papel que jugó Uruguay como nexo entre los asilados contrarrevolucionarios y el Gobierno cubano; e Investigar la relación entre los incidentes en la Embajada Uruguaya en Cuba y el rompimiento de las relaciones bilaterales entre ambos países en 1964.

Como respuestas tentativas a la investigación, establecimos las siguientes **hipótesis:**

- El contexto regional forzó al régimen cubano a apegarse a la U.R.S.S.
- Los incidentes dentro de la Embajada uruguaya constituyeron uno de los factores para que el Gobierno uruguayo interrumpa las relaciones bilaterales con Cuba en 1964.

## **1. Marco teórico y antecedentes históricos**

Para comprender las causas de la Revolución Cubana y las motivaciones de su política exterior hacia América Latina, es necesario entender la dependencia de nuestro continente con respecto a la política exterior estadounidense. Factores como la “Doctrina Monroe”, la visualización de la población latinoamericana como “inferior” o la extrema dependencia de Cuba con respecto a Estados Unidos, confluyeron para el surgimiento y radicalización de la Revolución Cubana. Posteriormente, ante la extrema tensión mundial marcada por la Guerra Fría y el miedo a la expansión del comunismo por América, fue necesario para el régimen castrista un acercamiento al bloque socialista y la búsqueda de otras “Cubas”, incitando la revolución armada en todo el continente americano.

### **1.1 Relaciones entre Estados Unidos y América Latina hasta la Revolución Cubana**

Siguiendo las investigaciones de Max Friedman (2015) y Stefan Rinke (2015) podemos visualizar como, desde la independencia de los incipientes Estados americanos, Estados Unidos siempre buscó asumir un rol protagónico en el continente. Esto se agrava por el hecho de obtener una victoria sobre los ingleses en la guerra de independencia, por su rápida industrialización y crecimiento, y por servir de modelo para las incipientes colonias americanas que pasaban a constituirse como Estados sin tener todos los elementos para ser considerados como tales.

Ejerciendo la función de “padre protector” podemos ya enmarcar el primer hecho clave en la relación entre EEUU y AL, la conocida “Doctrina Monroe” en 1823. La declaración unilateral ya aunaba que “América” debía ser para “los americanos”; esta debía ser la zona de seguridad de los Estados Unidos, su sitio de influencia que debía ser respetado por las metrópolis europeas. La citada doctrina, protectora y ambiciosa, fue retomada luego por varios presidentes norteamericanos, indicando que no se tendría en cuenta la voluntad de los Estados americanos, algo que se repetirá en varios momentos de la historia. Unos años más tarde adquirió fuerza el denominado “Destino Manifiesto”, que también va a pautar el relacionamiento entre los EEUU y AL. Esta corriente de inspiración religiosa justificaba la expansión del país como faro de “las libertades y la democracia” (Rinke, 2015). Ambas ideas parten de la base de que EEUU posee una historia “excepcional” y un orden moral superior, lo que lo llevó a sentirse privilegiado y el protector frente a otras naciones latinoamericanas que iban obteniendo su independencia (Friedman, 2015).

Estas concepciones ya se ven reflejadas en la Guerra de Independencia de Texas (1846-1848), un territorio de población mayoritariamente norteamericana que se “liberó” del Estado mexicano. Además de la pérdida de la mitad del territorio mexicano, la importancia de este hecho suscita en que se resolvió no anexionar todo el territorio de México por ser considerada una “población racialmente inferior, que no se adaptaría a la civilización y las instituciones libres del país” (Macías Tejada, 2015, p.2). Esta agresión militar fue vista con mezcla de recelo y admiración: un temor y rechazo ante el gigante del norte que conquistaba territorio de sus pares americanos, y ciertos sentimientos de admiración por ser considerada una “Nación ejemplar”; un país que ya poseía una Declaración de Derechos y una Constitución modelo para la región, y que crecía a un ritmo frenético a través de la industrialización.

Esta búsqueda por la expansión territorial e ideológica se retoma luego de finalizada la Guerra de Secesión o Civil en 1865. Superado el conflicto interno y unificado el país bajo el régimen capitalista e industrial que impulsaba el Norte, la potencia buscó la expansión hacia el oeste, y más tarde, la unión de los Estados americanos bajo el denominado panamericanismo. Este período comenzó con la conferencia en Washington en 1889 y continuó con la realización de múltiples conferencias hasta la última celebrada en Montevideo en 1933, conferencia que marcó un cambio de rumbo radical en la política exterior estadounidense. Esta etapa de Conferencias Panamericanas estuvo marcada por la política del “Big Stick” o “Gran Garrote”, constituyéndose en una época fundamental de fuerte intervencionismo norteamericano que nos servirá para entender el germen del rechazo cubano – y de otros países centroamericanos- hacia el coloso del Norte y el comienzo de los primeros brotes de un antiamericanismo acérrimo.

Este período se caracterizó por el intervencionismo regional, siendo la región del Caribe la más azotada por la influencia del denominado “garrote” de Theodore Roosevelt (1901-1909). Con el territorio unificado y con el cometido de llevar a la práctica en su máxima expresión la “Doctrina Monroe” y el “Destino Manifiesto”, EEUU emprendió la búsqueda de su expansión a través de nuevas fronteras y mercados donde colocar los excedentes de su producción. En tal sentido, podemos destacar las intervenciones de EEUU en República Dominicana, Haití, Panamá, Venezuela y en Cuba. Precisamente en esta isla de las Antillas, la intervención estadounidense fue fundamental al interceder en la guerra con la metrópoli española e imponer la

“Enmienda Platt” en la Constitución cubana, concediéndose el auto-derecho de intervención si las condiciones lo ameritaban. Este hecho, que pauta las relaciones del “Tío Sam” con América Latina, marca posiblemente el inicio del imperialismo estadounidense a gran escala; su sentimiento de superioridad moral frente a sus pares caribeños, y también, un rechazo frente a sus políticas avasallantes que comenzaban a causar malestar en ciertos sectores sociales. A partir de la guerra, y tras la coacción ejercida, es EEUU quién pasa a ser el principal importador de Cuba y no España, generando una dependencia de la isla a través de la cláusula Platt que marcará toda una época hasta la Revolución Cubana.

A la política del “Gran Garrote” le siguió la época marcada por la denominada “Diplomacia del Dólar”, donde Estados Unidos buscó imponer condiciones a través del préstamo de dinero a través de sus bancos hacia los distintos países latinoamericanos; los cuales disminuyeron su vínculo con las empresas y bancos europeos, y comenzaron a tener mayor influencia los homólogos norteamericanos. Esto condice con el “antiamericanismo” que comienza a ser impulsado a raíz del incremento del intervencionismo estadounidense; ganando impulso los nacionalismos latinoamericanos con gran influencia de escritores como José Martí, Manuel Ugarte y José Enrique Rodo.

Estos efectos hicieron necesario un viraje en las relaciones entre EEUU y AL, manifestándose en el inicio de la política de la “Buena Vecindad” impulsada por Franklin Delano Roosevelt (1933-1945). A diferencia del “Corolario Roosevelt” que proponía la intervención militar para atender los intereses norteamericanos, la política del “Buen Vecino” rechazó la acción unilateral y la intromisión en los asuntos internos de los Estados latinoamericanos, “poniendo el acento en la seguridad mutua contra los agresores y el fomento del desarrollo económico para elevar los niveles de vida.” (Ecured). Esta etapa duró hasta la Segunda Guerra Mundial, donde la idea de la seguridad colectiva comenzará a primar agrupando a los países bajo la órbita norteamericana.

Con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial y la posterior Guerra Fría, reapareció un nuevo factor determinante en las relaciones entre EEUU y AL: el miedo al comunismo.

### 1.1.1 Conferencia de Caracas de 1954: miedo al “comunismo” y revolución en Guatemala

Para contrarrestar el auge de las ideas nacionalistas, EEUU buscó el apoyo en regímenes autoritarios que promovían la “mano dura” y desconocían los derechos humanos; desapegándose de los valores democráticos impuestos por ellos mismos en el marco de la Organización de los Estados Americanos (OEA). Este organismo, creado por la Carta de Bogotá en 1948, fue ineficaz para imponer los valores que promovía; pero en cambio, fue utilizado junto con su plataforma del TIAR (1947) - Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca- como un mecanismo para coaccionar a los Estados que pretendieran imponer cualquier medida nacionalista o “antiyankee”. El TIAR, que consistía en una alianza militar de carácter defensiva encargada de velar por los mecanismos de seguridad colectiva, sirvió como medio para que EEUU cierre el hemisferio ante la influencia de la URSS o ante cualquier medio de propagación comunista. De esta manera, en caso de una agresión –un término no definido por los Estados- el tratado preveía que los países americanos debían responder en conjunto bajo el principio de la solidaridad hemisférica.

En este contexto, debemos resaltar el “extraño” panorama democrático que se estaba dando en Guatemala. A diferencia de las dictaduras que tenían lugar en Centroamérica y el Caribe -Nicaragua, Panamá, República Dominicana, El Salvador, Honduras y Cuba-; Guatemala había optado por una opción democrática e innovadora que causaba la atención de todo el continente americano. En este pequeño país, Juan José Arévalo llevó a cabo una serie de reformas sociales en línea con la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre de la OEA. Al término de su mandato, en 1950 lo sucedería Jacobo Arbenz, que, basándose en el New Deal de Roosevelt, proponía “hacer que Guatemala pasase de ser un país atrasado y de economía predominantemente feudal a ser un país moderno y capitalista” (Friedman, 2015, p.204). De esta manera, se llevaron a cabo una serie de reformas nacionalistas en la educación, salud o la reforma agraria, causando un gran impacto en el gran porcentaje de familias que se encontraban sumergidas en la pobreza. Paralelamente, esta serie de reformas fueron duramente criticadas por los EEUU, ya que ponían en peligro la gran rentabilidad de sus empresas, entre las que se destacaba la United Fruit Company, un trust que prácticamente tenía las “riendas” de varios Estados considerados como “repúblicas bananeras”.

La reforma guatemalteca fue el principal objeto de debate en la conferencia de la OEA llevada a cabo en Caracas 1954. Esta reunión fue clave en el contexto de la Guerra Fría, ya que marcará el futuro de las relaciones entre EEUU y AL y nos permite entender el proceso de expulsión de Cuba de la organización en la posterior conferencia de la OEA en enero de 1962.

Con el objetivo de “encauzar” nuevamente a Guatemala es que EEUU propuso la conferencia de Caracas. Previo a esto, Eisenhower consideró necesario lograr apoyos de AL; y a pesar de algunas vicisitudes, esta “cooperación” fue lograda mediante la extorsión o ayuda económica; a través de pagos directos, préstamos gubernamentales o mediante la intermediación de organizaciones monetarias que preveían una inyección de dinero necesaria para las frágiles economías latinoamericanas. (Friedman, 2015).

Como resultado de esto, la Décima Conferencia Interamericana “votó a favor de una resolución contra las incursiones comunistas en América, registrándose 17 votos a favor, [dos abstenciones], y 1 voto en contra, el de Guatemala” (Friedman, 2015, p.212). Este supuesto triunfo fue muy festejado por las autoridades estadounidenses y su prensa, siendo considerado como una muestra de la solidaridad hemisférica bajo el liderazgo estadounidense.<sup>1</sup> Este “apoyo” conseguido en la OEA permitió condenar el régimen de Arbenz acusándolo de comunista. En consecuencia, EEUU y la CIA organizaron una intervención armada con la ayuda de mercenarios que permitió derrocar el régimen democrático que presidía Arbenz.

Como describe Friedman (2015), esta fue la primera intervención de la CIA en AL y su significado perduró por varios motivos: marcó “el final de la política de Buena Vecindad y restauró la práctica de desalojar por la fuerza a los gobiernos que no le gustaban a Washington, cosa que era (...) la principal causa de la hostilidad latinoamericana hacia Estados Unidos”(p.212). Considerada la intervención como un éxito para la CIA, fue solo un ejemplo de las subsiguientes injerencias en Bahía de Cochinos (Cuba), Guayana Británica, Chile y Nicaragua. En tal sentido, podemos citar la afirmación de Stephen Rabe de que la intervención en Guatemala es “el acontecimiento más importante en la historia de las relaciones estadounidenses con América Latina” (Kinzer, 2003)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>El “Baltimore Sun” titulaba ‘Voto de confianza a Estados Unidos en Caracas’, mientras que Eisenhower elogió la ‘fuerza de la determinación panamericana’ expresada en dicha resolución.

Esta intervención instauró el miedo de reformadores que vieron frustrados sus intentos nacionalistas, porque de lograrse dichas medidas, las mismas podrían ser objeto de la intervención del “Tío Sam”. Este contexto contribuyó a radicalizar a movimientos revolucionarios en AL exacerbando el “antiamericanismo” latente en varios Estados. A su vez, este hecho se encuentra íntimamente ligado con lo que sucedería unos años más tarde en Cuba. Mientras se desarrollaba la operación armada en Guatemala en 1954, el Che Guevara estaba allí, aprendiendo lecciones que luego utilizaría para afianzar la Revolución Cubana. No quedan dudas de que algunas ideas radicales como: la depuración de los elementos contrarrevolucionarios en el ejército, el armadodel campesinado, o la represión a la oposición, fueron extraídas para que en la Revolución Cubana la CIA no consiga el mismo éxito que obtuvo en Guatemala.

## **1.2 EEUU y Cuba: entre la Enmienda Platt y la Revolución de 1959**

Si bien hay disparidad en cuanto a la importancia de la “Guerra de los 10 años” (1868-1878), resulta imposible no iniciar los antecedentes de la Revolución Cubana con esta guerra que libró Cuba contra la metrópoli española en busca de su independencia. En este sentido, cabe destacar que gran parte de la historiografía cubana actual atribuye al 10 de octubre de 1868 como el “arranque de un proceso soberanista que terminó con el triunfo del Ejército Rebelde” (Fernández, 2016).

A diferencia de la independencia lograda por los otros Estados latinoamericanos sobre la Corona española, antes de la “Gran Guerra” (como es llamada por los cubanos) no se visualizaba una verdadera voluntad de independencia de la sociedad cubana. Esto se debió a que la isla recibía un trato preferencial de España; sus colonos tenían una muy buena relación con la metrópoli y vivían muy cómodamente a raíz de los beneficios que obtenían del intercambio comercial de la caña de azúcar. Esta situación empieza a cambiar con la búsqueda de poder de nuevos comerciantes, que, con la ayuda de campesinos, esclavos, y de algunos estudiantes, buscaron cambiar el “statuo quo“ de la isla y lograr la emancipación de la misma. Esto significó la primera tentativa por lograr la independencia de la colonia y la primera muestra del nacionalismo del pueblo cubano que comenzaba a germinar.

La guerra por la independencia cubana (1895-1898) en la que participaron EEUU y España es otro punto crucial en la historia cubana ya que marcará la “independencia” de la isla. Después de tantos años de lucha por lograr la emancipación, EEUU interviene

en la guerra a causa de un supuesto bombardeo al acorazado “Maine” y finalmente la metrópoli española es derrotada. Este acontecimiento es trascendental, porque la potencia americana pasó a negociar directamente con España la independencia de Cuba. De esta forma, se concretó como agregada a la Constitución isleña la denominada “Enmienda Platt”, un documento que legitimaba a EEUU el derecho a intervenir si las condiciones lo requerían. A raíz del hecho y con la independencia cubana decretada por el Tratado de París en 1898, el “Tío Sam” pasa a ser el principal importador de la caña cubana, generándose una República “tutelada” en la práctica que se mantendría hasta el estallido de la Revolución de 1959 (Zanetti, 2013).

Dentro de la Guerra de la independencia cubana debemos destacar la figura del pensador José Martí, un hombre que ya advertía a los cubanos sobre los peligros de cambiar un “amo por otro” y de convertirse en un país tutelado por el imperialismo norteamericano. A pesar de ser tildado de “antiamericano” y de que sus pensamientos sean considerados un objeto de burla por la opinión pública estadounidense<sup>2</sup>, sus ideas se conservarían en el tiempo, inspirando a futuros políticos y libertarios como Fidel Castro en su posterior revolución.

Luego de la independencia, la economía isleña creció a un muy buen ritmo, de la misma forma que lo hacía su dependencia hacia Estados Unidos. El período comprendido entre la independencia de Cuba de España y la dictadura de Machado en 1933 puede caracterizarse por las continuas intervenciones de EEUU para controlar las tímidas revueltas que se formaban, por su apoyo en militares locales para gobernar el país y por el gran crecimiento del azúcar que, ayudado por la escasa competencia europea a causa de la Primera Guerra Mundial, vivió un período de constante expansión que permitió un gran crecimiento en la isla (Hicuba).

Esta situación se revierte a partir de 1925, cuando la sociedad civil –apoyada por nuevos actores de clase media y trabajadora- comenzó a movilizarse a causa del estancamiento y de la desnacionalización de la economía azucarera en manos de las compañías americanas. Esta situación, sumada a las consecuencias de la Depresión del

---

<sup>2</sup>La mayoría de los estadounidenses consideraban que la persistente insistencia de los cubanos en ejercer su derecho a libertad era simplemente una “terquedad irracional”. En este sentido, el general Magoon advertía que los cubanos “como todas las personas de origen hispano, son de sangre caliente, temperamentales, nerviosos, excitables y pesimistas” (Citado en Friedman, 2015, p.101).

29' y del aumento de las políticas proteccionistas por parte de EEUU, hizo que se comenzará a generar un malestar general en la sociedad cubana (Pettinà, 2011).

La Revolución de 1933 es fruto de esta situación. Cuba estaba al borde del colapso económico y era urgente la desarticulación de la “Nación azucarera” en un país donde el cubano estaba siendo desplazado de la riqueza, perdiendo miles de trabajadores sus tierras en manos de las multinacionales “yankees”. Esta situación, sumada a las huelgas generales en todo el país y a la presión estadounidense dirigida por el embajador Sumner Welles (1933-1934) desde Cuba, llevó a que estallara la Revolución en 1933 y a la posterior fuga de Gerardo Machado.

Tras la fuga de Machado, el embajador Welles coloca a Céspedes en el Gobierno; quien, al mes de su asunción, es derribado por un movimiento de soldados. A partir de esto, en septiembre de 1933, el poder es asumido por un equipo colegiado – la “pentarquía”- dirigido por Ramón Grau San Martín, un profesor de gran popularidad entre los estudiantes. La “pentarquía” tenía como comandante del ejército a la figura de Fulgencio Batista, un hombre que carecía de ideología política pero que estaba ávido de mayor poder (Zanetti, 2013). Al perder el apoyo de los sectores estudiantiles, Grau renuncia a la Presidencia dejando el poder en manos de Mendieta que contaba con el apoyo de Fulgencio Batista. El apoyo de EEUU al nuevo Gobierno instalado fue esencial para que en 1934 se derogue la “Enmienda Platt” en el marco de la política de “Buenos Vecinos”, renunciando así a la intervención sobre la isla; y al mismo tiempo, firmándose un tratado comercial para resurgir la economía nacional.

Batista fue ganando mayor popularidad y poder en la isla hasta llegar al Gobierno en 1940; mismo año en que se decretaba la Reforma de la Constitución. Como explica Rojas:

“Colofón del proceso revolucionario de los años treinta, la Constitución (...) trataba de conciliar los intereses y aspiraciones de las fuerzas sociales hasta entonces contendientes e institucionalizar su coexistencia. El amplio reconocimiento de los derechos democráticos de los ciudadanos, la proclamación de la función social de la propiedad privada, el extenso capítulo dedicado a consagrar los derechos de los trabajadores (...) hacían de la Constitución un texto socialmente avanzado” (Zanetti, 2013, p.238).

Al poco tiempo de proclamada la misma llega al poder mediante elecciones generales Fulgencio Batista. Su gobierno (1940-1944) se enmarca en la Segunda Guerra Mundial y en la ayuda al bando aliado una vez que EEUU ingresa en el conflicto. La destacada compenetración en la guerra de Batista, sumado a la devastación de las zonas azucareras de Europa, le otorgó importantes beneficios económicos que le permitieron superar a la isla su prolongada crisis económica. Por aquella época Cuba gozó de bonanza económica y Batista de gran popularidad. Las buenas relaciones con Washington se vieron reflejadas en ayuda económica, lo que, sumado al peso de los comunistas en el Gobierno, hicieron que las políticas sociales tuvieran un gran desarrollo durante su primer mandato (Pettinà, 2011).

Pese a que se logró una mejora económica, se estabilizó la política y se hicieron reformas sociales, es innegable que el ex militar cubano dejaba una “hipoteca importante sobre el funcionamiento democrático del país. A pesar de su elección democrática en 1940, Batista seguía representando una variante autoritaria de poder” (Pettinà, 2011, p.64). Como resultado de esto, y con la intención de lograr un viraje democrático en el país, el poder pasa en manos del Partido Revolucionario Cubano Auténtico (PRCA) en dos ocasiones consecutivas; primero con la Presidencia de Grau San Martín (1944-1948) y luego con Carlos Prío Socarrás (1948-1952). Los “auténticos” llegaban al poder en un clima favorable: las turbulencias de la Revolución del 33’ se mantenían lejos, la economía se había estabilizado y los aliados estaban por ganar la guerra (Pettinà, 2011).

Como explica Vanni Pettinà (2011), si bien el Gobierno de Grau cumplió con las expectativas de su electorado en términos de reformas sociales; “ofreció, sin embargo, un espectáculo grotesco a la hora de administrar los recursos públicos y de relacionarse con las instituciones democráticas que, supuestamente, pretendía defender y fortalecer”(p.68). Otro fenómeno que se incrementó durante este Gobierno auténtico fue el gansterismo y la corrupción. Pese a estos vicios, el PRCA se impuso de la mano de Prío Socarras en 1948 al realizar un compromiso con la política tradicional, distanciándose de su predecesor. Si bien la segunda administración auténtica fue más “activa y coherente” que la de Grau, logrando ciertos éxitos con la negociación de la cuota azucarera a EEUU; el gansterismo siguió activo, dejando una larga lista de asesinatos. Por otra parte, la corrupción se repetía, con la participación de grupos allegados al propio presidente. (Zanetti, 2013).

Antes del declive democrático que llevó a la dictadura de Batista y del surgimiento de los grupos insurgentes, debemos resaltar que; los avances sociales, los niveles de renta per cápita y la calidad de vida de la sociedad cubana en la década del 40 y 50' hacían de la isla “uno de los países más prósperos del continente”. A pesar de esto, seguían existiendo profundas diferencias entre las condiciones de vida de las poblaciones urbanas y rurales que llevaba a un cierto descontento con la cúpula del poder. (Pettinà, 2011).

### 1.2.1 Dictadura de Batista y el nacimiento de los grupos revolucionarios

Como plantea Rojas (2015), la corrupción, la escasa transparencia y el aumento del gansterismo habían originado un cierto descontento con la democracia cubana en un gran porcentaje de su población. Fulgencio Batista, quien era un candidato popular con aspiraciones de obtener la presidencia en las elecciones del 52', aprovechó esta situación de desconcierto para propiciar un nuevo golpe de Estado. La imagen de Batista se veía impulsada por la mala experiencia democrática de los gobiernos auténticos. Como describe Jorge Mañach, pese al tinte autoritario de la figura de Batista; sus reformas sociales, así como su pragmatismo ideológico que lo llevaba a “coquetear con la derecha, luego con la izquierda, y finalmente, con ambas manos”, hizo que fuera un político popular para gran parte de la población cubana (Farber, 1976)<sup>ii</sup>.

Si bien gran parte de la historiografía cubana post-revolucionaria nos muestra a Batista como “tirano y sanguinario”, no debemos tomar estas acusaciones al “pie de la letra”; y mucho menos esto se aplica para su primera etapa como presidente en 1940. Es muy difícil catalogarlo de esta forma cuando fue influyente en el gobierno por un cuarto de siglo, siendo muy popular en sus comienzos y actuando con mayor autoridad con el paso del tiempo, hasta convertirse en un completo tirano para los años finales de su mandato. Si bien resulta difícil comparar su mandato con la realidad bien distinta del Cono Sur; su pragmatismo autoritario, sumado a sus alianzas tanto con comunistas como con los grandes empresarios del país, podría tener ciertas semejanzas con el “peronismo” argentino de los 40' y 50'. Además, hasta el surgimiento de los grupos insurgentes, no se visualiza a Batista siendo un “demonio” como sus otros pares caribeños que gobernaban los países con extrema complicidad de las multinacionales norteamericanas.

Este contexto permite encuadrar su régimen dentro de la región y entender algunas de las razones por las cuales la sociedad cubana actuó con extrema pasividad ante al golpe de Estado de Batista en marzo de 1952. Este desconcierto se refleja en un artículo publicado en New York Times en abril de ese año, donde Herbert Matthews – especialista en los asuntos latinoamericanos- dejaba en claro que “la actitud de la mayoría de los cubanos hacia el golpe (...) parece ser una mezcla de confusión, resentimiento y esperanza” (Matthews, 1952). Si bien los cubanos no estaban contentos ante otro golpe de Estado, el régimen de gobiernos de los auténticos había dejado mucho que desear. Esta base del descontento ante el golpe de Estado y la cierta “anarquía” en el Gobierno generó la “fuente del nuevo radicalismo que alimentó entre 1952 y 1956 al nacionalismo revolucionario del movimiento de Fidel Castro” (Pettinà, 2013, p.68). Con el golpe de Estado de Batista del 52’ las vías de oposición legal parecían obstruidas por la fuerza represiva del régimen. A consecuencia de esto, de a poco se comenzó a visualizar a algunos grupos de jóvenes de clase media y obrera, que, con la ayuda de estudiantes y de ciertos grupos desilusionados con la dictadura, fueron inclinándose por el camino de la vía armada al Gobierno de Batista.

La primera muestra de insurrección armada se configuró luego de que en abril del 1953 el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) intentará tomar el Cuartel Columbia sin éxito en las afueras de La Habana. Mucho de estos jóvenes pasarían luego a formar parte del Movimiento 26 de Julio (M26) que se organizó tras el asalto a los cuarteles “Carlos Manuel de Céspedes” y Moncada (Rojas, 2015). Justamente en este cuartel, el intento fallido de toma del mismo es considerado un hito en la historia cubana y el principal antecedente que llevará años más tarde a la consolidación de la Revolución Cubana. La acción fue encaminada por un desconocido movimiento que pertenecía mayoritariamente a la Juventud Ortodoxa bajo la dirección de Fidel Castro, un joven abogado que se había destacado como dirigente estudiantil. De acuerdo con Zanetti (2013), el frustrado ataque al cuartel Moncada es concebido “como detonante de una amplia insurrección popular [que] concluyó con la captura de la mayoría de los asaltantes, muchos de los cuales fueron torturados y asesinados, un destino del cual el propio Castro escapó casi de milagro.” (Zanetti, p.258). En su alegato de autodefensa, Fidel Castro condenó a la dictadura señalando sus deficiencias y pronunciándose a favor de la nacionalización de las empresas públicas, la superación de la dependencia y el acceso de los cubanos a sus tierras. Este discurso se vio reflejado en el nacimiento de

una nueva generación revolucionaria que lucharía contra el régimen dictatorial imperante (Zanetti, 2013).

Afianzado en el poder, Batista buscaría legitimarse mediante elecciones en 1954; pero, sin embargo, su acción propiciaría un nuevo revés y un menoscabo hacia su popularidad como gobernante. El dictador resultó elegido sin oponentes en unos comicios carentes de credibilidad. Esto lo llevó a la necesidad de amnistiar a los presos políticos –entre ellos a los asaltantes al Cuartel Moncada (1953)- y a respetar ciertos derechos como la libertad de expresión, circunstancia que mantuvo viva a cierta oposición moderada. Este grupo de oposición por la vía pacífica buscó a través del Diálogo Cívico en 1956 llegar a una solución democrática y pacífica, aunque su intento fue considerado “un rotundo fracaso al hacerse patente que la verdadera intención del régimen era perpetuarse en el poder”(Zanetti, 2013, p.259).

Al mismo tiempo que se desarrollaba la alternativa pacífica iba creciendo entre una amplia mayoría de jóvenes la opción revolucionaria. Esto se vio motivado cuando, en 1955, Fidel Castro es excarcelado y funda el denominado Movimiento 26 de Julio. Al ver que la opción pacífica no era adecuada para oponerse a la tiranía, el líder opta por exiliarse en México prometiendo que regresaría para desencadenar la insurrección (Zanetti, 2013). Esto se pudo comprobar años más tarde. Contando con la ayuda económica de los exiliados cubanos y mediando un acuerdo con otras organizaciones revolucionarias cubanas, Castro organizaría a fines de 1956 una expedición a bordo del yate “Granma” para intentar desencadenar la Revolución en todo el país a su arribo.

Esta operación distó de ser un éxito. El desembarco debía producirse el 30 de noviembre de 1956 y coincidir con el levantamiento en Santiago de Cuba, pero por razones climáticas se atrasó tres días. Para peor, las tropas del ejército conocían los detalles de la operación y sorprendieron a los revolucionarios asesinando a la mayoría. Una veintena de sobrevivientes –entre los que se destacaban Fidel Castro, Raúl Castro y Ernesto “Che” Guevara- se internó en la Sierra Maestra, iniciándose un segundo foco guerrillero dirigido por Fidel Castro que fue creciendo en número gracias a la ayuda de campesinos y a la comunicación de sus ideas. Esto se refleja en una entrevista de Matthews –periodista del New York Times- donde se hacía notar la presencia del foco guerrillero a los ojos del mundo. A partir de ese diálogo, Castro pasa a ser un actor político central en la isla, que difundía sus ideas mediante la radio y ganaba adeptos

para expandir su movimiento e ir ganando posiciones frente al mejor preparado ejército de Batista (Rojas, 2011).

En estos momentos se visualizaban en Cuba una multiplicidad de grupos revolucionarios. Mientras Frank País se destacaba con su movimiento insurgente en Santiago de Cuba, el Directorio Revolucionario asaltaba el Palacio Presidencial, y los integrantes del Partido Ortodoxo también luchaban por ganar su espacio dentro de la efervescencia revolucionaria. Pero Castro y el Movimiento 26 de julio van a apoderarse, de a poco, con la gran parte del movimiento revolucionario de la isla. Los mensajes radiales, sumados a la toma del Cuartel del Uvero por parte de la guerrilla de Sierra Maestra fueron claves para lograr la simpatía de un gran porcentaje de la población cubana. Castro intimaba a sus seguidores a que lo ideal era la guerra revolucionaria por medio del Ejército Rebelde y no el golpe de Estado en la capital (Rojas, 2011).

El crecimiento del movimiento insurgente, sumado a las atrocidades del Régimen Batistiano fue clave para que EEUU remueva a su embajador Arthur Gardner en 1957 debido a su complicidad con la dictadura, y mandé a Earl T. Smith. Para este momento, Estados Unidos era plenamente consciente que:

“La ausencia de una alternativa institucional, la dejadez de los viejos partidos de oposición [y] la violencia cada vez más exasperada de la policía de Batista (...) estaban empujando sectores significativos de la población cubana a considerar la opción insurreccional representada por el joven rebelde como una alternativa al régimen” (Rojas, 2011, p.69).

Si bien existía una multiplicidad de opiniones en EEUU sobre si apoyar -o no- a la frágil dictadura de Batista, y en caso de no hacerlo, a qué grupo de la oposición cubana apoyar; había una clara convergencia de opiniones en lo que respecta a la oposición al líder del Movimiento 26 de Julio. Aunque la CIA no consideraba una amenaza comunista al movimiento, la administración de Eisenhower mostraba serios recelos sobre la llegada de un movimiento nacionalista al poder en el marco del conflicto bipolar enmarcado en la Guerra Fría (Pettinà, 2011).

Como reconoce Fidel Castro en el libro “La victoria estratégica” (2011), el apogeo de la guerra revolucionaria transcurre entre mayo y diciembre de 1958 (Rojas, 2015). Es en este lapso de tiempo cuando los rebeldes se multiplican y comienzan a ganar posiciones, mientras que el ejército iba desgastándose y desarticulándose de a poco.

Tras una fallida elección del 58' que significó la crisis terminal de legitimidad del régimen, el grueso de la oposición política se manifestó a favor de la renuncia de Batista y de la instalación de un Gobierno revolucionario encabezado por Manuel Urrutia, un político moderado que contaba con cierto respaldo de Castro, así como también de EEUU. Durante todo diciembre del 58' las columnas guerrilleras comandadas por el "Che" Guevara, Camilo Cienfuegos y Fidel Castro fueron ganando terreno hasta prácticamente llegar a las ciudades principales de la isla. Al no poder revertir esta situación, en la madrugada del 31 de diciembre Fulgencio Batista huye en avión a Santo Domingo donde lo esperaba Rafael Trujillo. Al mismo tiempo, Fidel Castro convocaría a una huelga general que es acatada en todo el país, significando la victoria de la Revolución (Zanetti, 2013).

## **2. La Revolución Cubana**

### **2.1 Tendencia inicial de la Revolución**

Como explica ZanettiLecuona (2013), "la Revolución cubana involucró a todo un pueblo en la búsqueda de la independencia nacional y la justicia social" (p.265). A partir de este objetivo fue designado presidente el juez Manuel Urrutia por los principales dirigentes del Movimiento 26 de Julio, quienes no asumirían -en un principio- cargos políticos o administrativos. Manuel Urrutia resultó designado en virtud de su involucramiento con la Revolución y de su capacidad moderadora, algo valorado por la multiplicidad de corrientes revolucionarias; y también por Estados Unidos, quien lo prefería sobre la figura de Castro o de otros líderes nacionalistas. Como fue pensado desde la Sierra, el nuevo Gobierno Revolucionario tenía la función de "restablecer el orden constitucional, decretar el conjunto de leyes revolucionarias anunciadas en el programa del Moncada y convocar elecciones legislativas y presidenciales" con el objetivo de devolverle al pueblo la soberanía nacional que tanto reclamaba (Rojas, 2015, p.96) Si bien estos fueron los objetivos iniciales de la Revolución, pronto se visualizará que la misma, impulsada por los factores internos y externos, tomaría nuevos rumbos a lo inicialmente planificado.

Si bien Fidel Castro fue designado en un principio como comandante en Jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire del nuevo ejército cubano, su rol sería protagónico en función de su comunión innata con las masas. Esto queda patente con sus primeros discursos en enero de 1959, cuando ya se manifestaba a favor de la hegemonía de la

jefatura de la Sierra Maestra y era muy bien recibido por el pueblo cubano. Además, ya en estos discursos, Fidel afirmaba que pretendía las “mejores relaciones con Estados Unidos”, a pesar de que la Revolución estaba fuertemente influenciada por el mismo proyecto nacionalista de soberanía e igualdad José Martí, que se había frustrado como consecuencia de la intervención norteamericana de 1898 y por la traición a los ideales del movimiento “antimachadista” de 1933 (Rojas, 2015). Si bien era difícil imaginar un apoyo de EEUU a una Revolución nacionalista; en un principio, el líder Castro intentó un acercamiento, o al menos un “modus vivendi” con Eisenhower.

En su relacionamiento con los otros países latinoamericanos, el Gobierno cubano pronto asumió un rol protagónico ante la ONU y la OEA al denunciar las “violaciones de los derechos humanos de regímenes aliados a la dictadura de Batista, como el de Trujillo en Santo Domingo, (...) Somoza en Nicaragua, Duvalier en Haití y Stroessner en Paraguay”(Rojas, 2015, p.97). La llegada de la Revolución Cubana al poder reflejaba la tendencia del auge de los movimientos democráticos en AL que se oponían a las dictaduras en la región.

Otro aspecto a destacar fue la composición del primer gabinete que reflejaba una tendencia moderada, tal como se había acordado en el programa de Moncada (1953), y en los manifiestos del 26 de Julio y de la Sierra. Tal como indicaban esos documentos, la Revolución se basaría en una “ideología nacionalista democrática, no comunista, que aspiraba a la restauración del orden constitucional de 1940 y a la implementación de una serie de reformas económicas y sociales que reafirmarían la soberanía y la igualdad de la nación” (Rojas, 2015, p.98). Es menester destacar la mención de los líderes revolucionarios de que su ideología sería una “izquierda no comunista”; buscando generar a partir de dicha corriente ideológica el apoyo de otros movimientos de la región. Además, esta postura, se interpretaba como una voluntad de ser parte del bloque de los países “no alineados”, por fuera de las zonas de influencia de las dos grandes potencias en un contexto bipolar marcado por la Guerra Fría.

## **2.2 Primeras medidas del Gobierno Revolucionario**

El panorama en Cuba había cambiado repentinamente en 1959 con la llegada de los revolucionarios al poder. No podemos hablar de proceso, sino de un verdadero giro radical que modificó toda la estructura económica, social y política de la isla en un lapso muy breve de tiempo. Los opositores que habían llegado a través de las armas al poder,

ahora eran los que se encontraban en las estructuras de mando, mientras los que participaron de la tiranía de Batista eran ahora los perseguidos y ejecutados.

Los revolucionarios buscaron no dejar ningún vestigio de Batista. Al mes de la llegada al poder, el Gobierno cubano ya empezaba a ejecutar sus medidas económicas y sociales, al mismo tiempo que restablecía el orden constitucional de 1940 por medio de una Ley Fundamental. La misma establecía que el Poder Ejecutivo estaría a cargo del primer ministro, mientras que el presidente quedaría relegado a un rol simbólico. Este cambio beneficiaría rápidamente a Fidel Castro, él que, tras la renuncia de Miró Cardona por algunas diferencias con Urrutia, pasó a la semana de promulgarse la ley a ocupar el cargo de primer ministro con la potestad de dirigir “la política general del Gobierno” (Rojas, 2015, p.100). Al mismo tiempo, otros compañeros del M26 iban ocupando las vacantes del poder. Con el equipo armado afín a los lazos del máximo dirigente de la Revolución, las primeras medidas del régimen se encargaron de desmontar el “régimen batistiano”; se disolvieron los partidos políticos representados en el Congreso, se destituyeron alcaldes y gobernadores quedando inhabilitados los que habían colaborado con la dictadura, y se extinguieron el antiguo ejército y sus órganos represivos (Zanetti, 2013).

Luego de poner “la casa en orden” de acuerdo a los ideales Revolucionarios, era hora de comenzar todo el andamiaje económico y social que habían prometido. Tal como indica Zanetti (2013), “en menos de un año algo más de 1500 leyes, decretos y resoluciones comenzaron a transformar la realidad nacional” (p.267). Dentro de estas medidas, se puede destacar el gran impacto que tuvo la rebaja de alquileres y tarifas eléctricas, y el aumento de salarios en diferentes ramas de la economía. Siguiendo la línea nacionalista, el Gobierno propuso medidas para incentivar el consumo de productos nacionales, se aumentó el gravamen de los productos suntuarios, se extendió el seguro social a todos los trabajadores y se abrieron las playas privadas en toda la isla.

Una de las medidas que impacto más en la sociedad cubana fue el intento de universalizar la cobertura educativa. Se podría decir que fue uno de los “buques insignia” de la Revolución, a tal punto que el año 1961 fue bautizado como el “año de la Educación” en virtud de la extensa campaña de alfabetización que logró obtener resultados significativos a corto plazo. El giro en el campo educativo fue radical. Se privatizaron todas las escuelas privadas, se movilizaron 250.000 alfabetizadores y se crearon más de 10.000 aulas nuevas, cambiándose antiguos cuarteles por salones de

clase con el objetivo de que la educación sea verdaderamente universal, alcanzando todos los rincones del país, especialmente en las áreas rurales. A través del impulso de figuras como la del “Che” Guevara, la educación pasó a estar a cargo del Estado y fue un instrumento del mismo para modificar estructuralmente la sociedad cubana. Los resultados fueron extremadamente positivos: la educación pasó a ser gratuita y obligatoria, se le asignó un 11% del PNB, y la UNESCO confirmaba en diciembre de 1961 que la alfabetización se había reducido al 3.9%, siendo la tasa más baja en América Latina (Torres, 1991).

La otra reforma que marcó un hito y que tuvo mayor repercusión internacional por chocar con intereses extranjeros, fue la Reforma Agraria promulgada en mayo del 1959. Bajo el lema de que la “tierra es de quien la trabaja” Cuba se vio envuelta en una profunda transformación que trastocó todas las estructuras e implicó a todas las clases sociales. Proscribiendo el latifundio, la ley establecía “un máximo de 402 hectáreas a las propiedades agrarias de cualquier persona”, aunque se admitían ciertos límites para los cultivos de alto rendimiento. De esta forma, las grandes extensiones de tierra pasaron a ser parte del Estado que las explotaría mediante cooperativas de trabajadores o convirtiendo en propietarios a los arrendatarios de la mismas. A cargo de la ejecución de estas medidas estuvo el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), un organismo presidido por Fidel Castro que funcionó como “motor de la revolución” (Zanetti, 2013). Bajo esta premisa de buscó redistribuir la tierra que era extremadamente desigual –en 1946 el 1.5% de los propietarios poseía el 46% de la tierra-. La idea estaba en sintonía con la ONU y la CEPAL, por lo que viniendo de un Gobierno nacionalista no pudo sorprender a nadie. Asimismo, es posible afirmar que esta ley fue moderada, aunque el rumbo socialista que tomaría prontamente el INRA ya comenzaba a ser visto de manera desconfiada por el propio Urrutia y los EEUU; que veían como algunos miembros de tendencia comunista estaban siendo incorporados al Gobierno (Rojas, 2015).

### **2.3 Deterioro de las relaciones con Estados Unidos y radicalización de la Revolución Cubana**

Para febrero de 1959, EEUU había cambiado a su embajador Earl Smith por Philip W. Bonsal, un diplomático experto en los temas de AL decidido a dar un giro en la política exterior con Cuba, en relación a los antiguos mandatarios que actuaban como meros “procónsules” en la isla. Bonsal estaba convencido de que era posible el

desarrollo de lazos positivos con el régimen revolucionario en base a una relación más igualitaria; algo que parecía impensado hasta ese momento, pues las relaciones entre ambos Estados habían sido caracterizadas por el fuerte paternalismo americano. En base a su pensamiento de reformista liberal, Bonsal estaba a favor del cambio social y de la instalación del nuevo Gobierno Revolucionario, aun cuando esto le presentaría problemas con respecto a las multinacionales que representaba (Leogrande y Kornbluh, 2015). Caracterizado por su activa actitud de diálogo, el nuevo embajador no se mostró contrario al desarrollo de la reforma agraria juiciosa y a la posibilidad de que los Revolucionarios expropien tierras, siempre y cuando, se realice una “indemnización pronta, adecuada y efectiva” por las mismas. Esta actitud no fue unánime, siendo no muy bien recibida por la mayoría de los funcionarios del Departamento de Estado de Washington. Como explican Leogrande y Kornbluh (2015),

“la controversia en torno a la reforma agraria marcó un punto de inflexión crítico en las relaciones entre los EUA y Cuba, no tanto porque la propia fuera especialmente radical (...) o porque el tema de la compensación fuera tan espinoso (...), sino porque Washington veía la nueva ley como la punta de lanza de la dirección radical que estaba tomando la revolución” (p.52).

La Reforma Agraria había sido dictada por el círculo íntimo de Fidel Castro, con clara influencia radical de Raúl Castro y el “Che” Guevara. Debido a esto, la misma generó disensos, siendo despedidos varios ministros moderados por oponerse a la medida impuesta. Confirmando las sospechas de que el régimen se estaba radicalizando, los despidos sirvieron como detonante para que los conservadores “yankees” sean más influyentes en la política exterior hacia Cuba, llevando a que gran parte del círculo de poder de Washington se resigne con una Cuba pro estadounidense (Leogrande y Kornbluh, 2015). Podemos concluir que, a partir de esta reforma se inicia el deterioro de las relaciones entre Cuba y EEUU, terminándose con la política de “paciencia y tolerancia” de Washington practicada en los primeros meses de la revolución; y a su vez, fue el primer gran paso hacia la radicalización del Gobierno Revolucionario.

Para junio del 59’, una serie de acontecimientos terminan por delinear una muestra clara de que el camino hacia la radicalización de la Revolución Cubana era un hecho consumado. Este periplo comienza cuando el jefe de la Fuerza Aérea, Pedro Luis Díaz Lanz, “deserta y se refugia en los Estados Unidos, denunciando un gran plan de infiltración de comunistas en el gobierno de la isla” (Rojas, 2015, p.105). Esta acusación

concedía con las declaraciones de Urrutia, que molesto con el despido de los ministros de tendencia liberal, criticaba el reemplazo de estos por figuras de proyección radical y se contraponía a las decisiones de Castro. Tras exacerbarse las discusiones entre ambos mandatarios, Fidel Castro hace pública su renuncia por las profundas diferencias que mantenía con Urrutia. Carente de un apoyo masivo propio, y con la enorme popularidad de Castro en su contra, Urrutia decide renunciar forzosamente. El mandatario fue sustituido por Osvaldo Dórticos, al tiempo que Castro reasume su posición el 26 de julio, en un “gigantesco acto de masas en apoyo a la reforma agraria que inundó La Habana de campesinos” (Zanetti, 2013, p.270).

Por último, se da la renuncia del comandante Hubert Matos y el régimen termina por consolidarse como socialista y radical. La renuncia de Matos se configuró como un hecho crucial que terminó por radicalizar definitivamente la Revolución; ya que el comandante, que había tenido un rol protagónico en el Ejército Rebelde, denunciaba el camino emprendido hacia el comunismo con algunas disposiciones de la Reforma Agraria. Ante el peligro de que se forme un levantamiento contrarrevolucionario, Castro envió al jefe del ejército Camilo Cienfuegos a arrestarlo en Camagüey (Zanetti, 2013). Luego de ser arrestado Matos y condenado a 20 años de prisión, la avioneta en la que viajaba Cienfuegos desapareció sin dejar rastro alguno. La muerte del comandante “más popular de la Revolución, después de Fidel Castro, en medio del debate sobre el comunismo, desató toda suerte de rumores y leyendas que persisten hasta hoy” (Rojas, 2015, p.108).

Ya a finales de 1959, un nuevo Gobierno parecía instalarse en La Habana con una clara influencia comunista. Asimismo, para este entonces, el director de la CIA Allen Dulles ya comenzaba a esbozar -con el apoyo de grupos anticastristas- un plan para derrocar a Fidel Castro, ya que el régimen cubano representaba una “amenaza clara” para los intereses de los Estados Unidos (Leogrande y Kornbluh, 2015).

#### **2.4 Segunda etapa del Gobierno Revolucionario: entre el acercamiento a la U.R.S.S y el conflicto con Estados Unidos**

Para inicios de 1960 es posible enmarcar una nueva etapa del Gobierno Revolucionario en virtud de los múltiples cambios –en el plano nacional e internacional- que decantaron en la radicalización de la Revolución Cubana. Como describe Rafael Rojas (2015), los demócratas habían quedado al margen del Gobierno, así como también los partidarios de convocar a nuevas elecciones nacionales. Por otra

parte, los tribunales revolucionarios ya comenzaban a jugar un destacado papel eliminando a cualquier elemento contrarrevolucionario. Si bien la cifra no es exacta, Rojas habla de 553 ejecuciones en 1959, mientras que para 1960 la cifra de asesinados aumentó a 1330; siendo la misma compuesta ya no solo por batistianos, sino también por meros revolucionarios anticomunistas (p.110).

En el plano internacional también se hacía patente la radicalización de la Revolución. Mientras en 1959 Cuba intentó acercarse a los países del movimiento de los no alineados (Egipto, India e Indonesia), en 1960 se reorientaron las relaciones internacionales de Cuba hacia países del campo comunista como la U.R.S.S de NikitaKruschovo la China de Mao TseTung. Reflejando esto, no debemos olvidar la importancia que tuvo en este proceso la visita del viceprimer ministro de la Unión Soviética AnastasMikoyan a La Habana en el marco de una exposición de Logros de Ciencia y Técnica (Zanetti, 2013). Este hecho derivó en la suscripción de un acuerdo comercial que autorizaba la compra del azúcar cubano por la URSS a cambio de petróleo, y en el inicio de una larga cooperación técnica y militar entre ambos Estados. En contrapartida, este hecho resultaba inadmisibles para los EEUU, que veía como en el contexto de Guerra Fría y de persecución del comunismo, se instalaba un Gobierno nacionalista y socialista en su órbita de influencia más cercana, a solo 150 kilómetros de sus costas, y que ahora contaba con el apoyo manifiesto de la Unión Soviética.

Este acercamiento con la URSS debe ser entendido en el contexto de un conflicto con EEUU que parecía cada vez más latente. En consecuencia, al estar la isla acosada por Estados Unidos y por el bloque occidental, el acercamiento con la Unión Soviética respondió a un doble propósito: a la necesidad de Cuba de aliados afines con su ideología para obtener alimentos y armas para sobrevivir, y a la búsqueda de protección militar como un medio eficaz para asegurar su soberanía.

Bajo este panorama se dan una serie de “golpes y contragolpes” en un breve lapso de tiempo que termina con la ruptura definitiva de las relaciones entre ambos Estados, y por poco, esta crisis no termina desencadenando una nueva guerra mundial entre las dos máximas potencias que estuvieron al borde del conflicto con la crisis de los misiles en 1962. Cada movimiento de Cuba o EEUU fue respondido por una acción poco amistosa de la contraparte, lo que llevó, naturalmente, al completo deterioro de las relaciones bilaterales. Al mismo tiempo, este desgaste en las relaciones fue imponiendo una política de “mano dura” en los Estados Unidos, comenzándose a plantear en el

Departamento de Estado la necesidad de invadir la isla con contrarrevolucionarios o la propia eliminación de Castro. Del lado cubano, el conflicto llevó a la radicalización del régimen como venimos detallando, y al acercamiento estrecho con la URSS, algo impensado por Fidel Castro en un primer momento.

## **2.5 Guerra económica con EEUU**

La escalada de tensión comienza a finales de 1959, cuando EEUU le solicita a Gran Bretaña no hacer efectiva la entrega de aviones de combate que había comprado Batista antes de ser derrocado. Esta primera controversia ya le daba indicios a Fidel Castro de que Washington no estaba dispuesto a convivir con el régimen cubano. Por otra parte, tal como detalla el libro de “Diplomacia secreta entre Estados Unidos y Cuba” (2015), este hecho fue planificado por Allen Dulles para forzar al régimen castrista a comprar armamento en la URSS, y en consecuencia, servir como detonante – tal como pasó con Guatemala- para “justificar” una invasión a la isla. Al poco tiempo, estallaba en la bahía de La Habana el carguero francés “La Coubre” que transportaba armas y explosivos para el Ejército Revolucionario, dejando 75 muertos e hiriendo a otros 200 en las inmediaciones del puerto. Ante este hecho, el Gobierno Revolucionario responsabilizó a EEUU y a su agencia CIA del atentado, comparando al mismo con el hundimiento del acorazado Maine en el puerto de La Habana en 1898, “el cual precipitó la guerra hispano-estadounidense. Castro advirtió a Washington que no debía cometer el error de pensar que podía enviar nuevamente tropas a abortar la lucha de Cuba por la verdadera independencia”(Leogrande y Kornbluh, 2015, p.63).

Esta concatenación de hechos derivó en que Eisenhower se planteó el recorte de la azúcar cubano. Gran porcentaje del mismo era mandado hacia EEUU a través de cuotas de importación, e incluso, era pagado por encima del precio internacional. En consecuencia, varios miembros conservadores del gabinete se plantearon recortar la cuota azucarera para amenazar la economía cubana. Por el otro lado, el embajador Bonsal no era partidario de la ejecución de la medida, ya que la misma “movilizaría el sentimiento nacionalista de Cuba, que se habría de agolpar en torno a Castro”, y de esta manera, Estados Unidos sería el único culpable de sus problemas económicos (Leogrande y Kornbluh, 2015).

Pero, curiosamente, el detonante que encendió la guerra económica no fue el azúcar cubana, sino el petróleo soviético. A raíz del acuerdo comercial firmado por Castro y Mikoyan, los soviéticos comenzaron a suministrarle el crudo a la isla, el que

necesariamente debía pasar por las refinerías americanas (Standard Oil o Texaco) o a través de la angloholandesa Shell. Las mismas se negaron a cumplir con ese proceso, y en consecuencia, los cubanos decidieron expropiar las refinerías para tratar el crudo soviético. Como era de esperarse, esto motivó a que se dejarán de lado algunas posturas blandas con respecto a la isla y se apoderen los conservadores de los lineamientos en las relaciones estadounidenses con respecto a Cuba. De esta manera, al poco tiempo EEUU cancelaría la cuota azucarera de la isla con el objetivo de socavar la economía insular y elevar la moral de los oponentes anticastristas. Ante esta “injuria” estadounidense, y motivado por sus séquitos comunistas:

“Castro respondió nacionalizando la mayoría de las principales empresas de propiedad estadounidense en la isla, por un valor total de más de 600 millones de dólares, (...) estipulando que la indemnización se pagaría a partir de un fondo derivado de las ventas de azúcar a los Estados Unidos. Si no compraban azúcar, no habría indemnización” (Leogrande y Kornbluh, 2015, p.90).

Ese mismo 6 de julio de 1960, Eisenhower hace público el anuncio de que no compraría más azúcar cubano, prohibiendo cualquier exportación que no fuera de alimentos o medicinas. De esta forma, se sentaron las “bases del embargo económico que sería el tema central de la discordia en las relaciones entre ambos países durante el próximo medio siglo” (Leogrande y Kornbluh, 2015, p.67).

Y mientras se desintegraban las relaciones entre ambos Estados, el acercamiento con la Unión Soviética se intensificaba “como un pedazo de hierro a un imán”. Esto se ve reflejado en el mítico abrazo en septiembre de 1960 entre Fidel Castro y Nikita Jrushov en el marco de la Asamblea de las Naciones Unidas en EEUU. La foto tomada y distribuida por los diarios de EUA, “simbolizaba perfectamente la deserción cubana del equipo occidental” (Leogrande y Kornbluh, 2015). Completando este proceso, el 2 de enero de 1961 Castro anuncia ante una multitud de que la embajada estadounidense era un “nido de espías”, al mismo tiempo que obligaba a reducir al personal diplomático de 87 personas a 11 en un lapso de dos días. Lejos de ser una novedad para los Estados Unidos -que ya había evacuado a algunos oficiales- al día siguiente Eisenhower decreta el rompimiento de relaciones por completo (Leogrande y Kornbluh, 2015)..

## **2.6 Cuba en el ojo del mundo: conflicto armado y declaración comunista de la Revolución**

En 1961 Cuba era otro escenario más dentro del contexto de la Guerra Fría, pero a diferencia de los otros conflictos, este tenía un carácter especial. Cuba dejaba de ser conocida como el “patio trasero de los Estados Unidos” y pasaba a transformarse en su enemigo socialista a muy pocas millas de distancia de su territorio. La isla pasa a convertirse en una “pesadilla” para los presidentes americanos; lo que, sumado al apoyo nuclear de la URSS en un contexto latinoamericano abiertamente anticomunista, se configura en un panorama de tensión extrema a nivel mundial.

Para este entonces, Castro era consciente de que podía darse una intervención norteamericana tal como sucedió con Guatemala. En consecuencia, en un contexto de polarización interna y externa, Cuba estimuló la militarización de la ciudadanía cubana a través de las milicias populares y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), con la idea de preparar a su pueblo ante una eventual intervención norteamericana. Este proceso de polarización en la isla incrementó el desarrollo de movimientos de insurgentes y de fracturas dentro de la sociedad civil. Asimismo, diversos sectores de la sociedad comenzaron a manifestar sus discrepancias con el régimen o a exiliarse en EEUU: la Iglesia católica, diversas asociaciones raciales o gremiales, los homosexuales, sectores de clase media y alta perjudicados por las nacionalizaciones o los antiguos revolucionarios con ideas más demócratas no encontraron su lugar en el régimen; y en consecuencia, buscaron el exilio o la oposición armada, que fue brutalmente reprimida por el régimen castrista. Como describe Rojas (2015), en el proceso previo a la invasión a la Bahía de Cochinos fueron encarcelados 100.000 personas por ser sospechosos de actuar en contra del régimen. La brutal represión estatal –que no tiene mucho para envidiarle a la batistiana-, sumado al apoyo de la CIA a los anticomunistas cubanos, llevó a una “guerra civil” entre ambos bandos entre 1959 y 1964 (Rojas, p.129).

Dentro de este contexto, y ya con John F. Kennedy (JFK) en el Gobierno estadounidense [1961-1963], la Brigada 2506 de exiliados cubanos –entrenados previamente en las bases de la CIA - atacaron con aviones aéreos la isla causando varios muertos. Durante el sepelio de las víctimas, el 15 de abril de 1961, se declara finalmente el carácter socialista de la Revolución, manifestando que los que marchaban al combate “no solo iban en defensa de la patria y Revolución, sino también del socialismo” (Zanetti, 2015, p.278). En diciembre del mismo año, tras intensificarse el conflicto con

EEUU y ceñirse las relaciones de Cuba con el bloque socialista, Fidel Castro se declara públicamente marxista-leninista, limitando cualquier tipo de relacionamiento con Norteamérica y sus aliados latinoamericanos, a su vez que se hacía patente definitivamente la influencia marxista en la política de Estado (Zanetti, 2013).

Además, el bombardeo es interpretado por Fidel Castro como el preludeo de una intervención mayor, lo que se corroboraría al día siguiente con la invasión a la Bahía de Cochinos. La expedición en Bahía de Cochinos, planeada por la CIA durante el Gobierno de Eisenhower y autorizada por Kennedy, tenía el objetivo de que la Brigada bien armada de 1500 hombres se consolide en una cabeza de playa, y promueva desde allí, un levantamiento armado en las distintas ciudades del país. Lejos de esto, la operación fue neutralizada en tres días. Los invasores pretendieron el apoyo de las fuerzas navales norteamericanas, el que no fue autorizado por JFK, “que de hacerlo hubiese develado justamente lo que con la expedición se pretendía ocultar, la flagrante intervención armada de Estados Unidos para liquidar la Revolución Cubana” (Zanetti, 2013, p.278).

La operación significó un rotundo fracaso para Washington y Kennedy. Se comprobó que no solo habían participado exiliados cubanos de la operación, sino que se derribaron aviones norteamericanos conducidos por pilotos de ese país. Esta acción demostró que “la política norteamericana de coerción económica, cerco diplomático y agresión militar, lejos de aplastar la Revolución la fortalecía y acrecentaba sus vínculos con el campo socialista” (Zanetti, 2013, p.278). Mientras que para Cuba, la victoria ayudó a detener a miles de colaboradores, eliminándose prácticamente cualquier oposición al régimen. Además, el fracaso estadounidense colaboró elevando la moral del régimen y cohesionando al pueblo, significando la “segunda victoria más importante” -luego de enero del 1959-, lo que también motivó la ayuda soviética hacia la “victoriosa” isla socialista (Rojas, 2015).

Pensando en que EEUU buscaría limpiar su imagen con otra intervención armada a mayor escala, Raúl Castro viajó a Moscú en junio del 62’, logrando un acuerdo con la URSS para instalar en la isla misiles con ojivas nucleares. Cuba había sido aislada y expulsada de la OEA, siendo necesaria la instalación de misiles en la isla para protegerla ante cualquier intervención que parecía latente. El desenlace de la Crisis de los Misiles es conocido. A mediados de octubre, JFK es advertido de la instalación de

misiles en territorio cubano, movilizándolo sus tropas y ordenando a la Marina el bloqueo de la isla.

“Con el mundo al borde del holocausto nuclear, las dos grandes potencias llegaron a una avenencia. El arreglo entrañaba concesiones mutuas y (...) la inspección del desmontaje de las instalaciones soviéticas en Cuba, cuestión que Fidel Castro rechazó, a la vez que planteaba la necesidad de que en el acuerdo se hicieran explícitas determinadas garantías para Cuba” (Zanetti, 2013, p.280).

Como resultado del acuerdo, el intercambio supuso que se retiren los misiles de la isla y se desmantelaran los de Turquía, mientras que el Gobierno cubano se sintió defraudado al ser “moneda de cambio” de los intereses soviéticos, ya que si bien EEUU renunciaba tácitamente a la intervención armada en la isla, no se respetaron los 5 puntos propuestos por Castro que eran vitales para asegurar la independencia cubana.<sup>3</sup>

## **2.7 La incesante búsqueda por mantener un canal abierto entre EEUU y Cuba**

El turbulento año 1962 terminaría a finales de diciembre, cuando los 1.113 miembros de la Brigada 2506 eran intercambiados por alimentos y mercancías por un valor de 60 millones de dólares. Asimismo, este hecho demostraría de que los líderes de ambos países se encontraban proclives a cierto tipo de negociación -o al menos a un “modus vivendi”-, lo que después de la muerte de Kennedy prácticamente se desmoronaría. Esto se refleja en el texto de William Leogrande y Peter Kornbluh “Diplomacia encubierta con Cuba” (2015), donde los autores explican que a pesar de las fuertes discrepancias públicas entre los dos Estados en cuestión, siempre se buscó secretamente algún tipo de acuerdo, o al menos, mantener una línea abierta de diálogo para intentar resolver el diferendo. Esto se refleja a través de la intermediación brasileña o argentina, por la conversación entre Guevara y el asesor de la Casa Blanca Richard Goodwin en el marco de la conferencia de la “Alianza para el Progreso” en Uruguay o por los múltiples intentos de diálogo del embajador Bonsal con el Gobierno Revolucionario.

Ya con JFK en el Gobierno la diplomacia secreta se intensificó, sea a través de James Donovan con quién se negoció con éxito la liberación de prisioneros

---

<sup>3</sup> Los cinco puntos propuestos por Castro en la negociación de la URSS con EEUU : cese del embargo, devolución de Guantánamo, fin de las violaciones al espacio aéreo y marítimo y el fin del apoyo a la oposición interna (Rojas,2015).

estadounidenses, con la reportera Lisa Howard o con el periodista Jean Daniel, con quién estaban todas las condiciones dadas para una tregua eficaz entre ambos Estados, aunque justo en el meollo de las negociaciones se dio el asesinato de Kennedy, lo que posiblemente impidió que la historia cambie. A partir del ascenso como gobernante de Lyndon Johnson (1963-1969), con unas elecciones por delante y el temor de ser catalogado como blando con el comunismo, se estuvo lejos de avanzar en las negociaciones (Leogrande y Kornbluh, 2015).

Ya a partir de 1963 Cuba deja de estar en el centro de la Guerra Fría, replanteándose el Gobierno sus relaciones externas y un nuevo modelo económico a seguir. Son años donde la radicalización continúa en aumento: se modifican las bases de la economía cubana hacía un modelo más estatal impulsado por Guevara y se decreta la segunda Ley de la Reforma Agraria, apostando decididamente por el modelo de colectivización soviético. En cuanto al plano internacional, el régimen tuvo un breve acercamiento a China y ahondó sus lazos con la URSS, mientras que apostó decididamente -mediante la ayuda militar- a la descolonización de algunos países africanos y a que se multipliquen las luchas revolucionarias en AL (Zanetti, 2013).

### **3. La Revolución Cubana y América Latina**

#### **3.1 América Latina: espacio “natural” de propagación ideológica**

Desde que estalló la Revolución Cubana en 1959 sus dirigentes nunca se conformaron con solo cambiar la estructura interna nacional; sino que buscaron proyectarse hacia el exterior, siendo AL el espacio natural –por geografía y condiciones socioeconómicas- donde debían actuar promulgando sus ideas revolucionarias (Gleijeses, 2004). Sin embargo, no siempre tuvieron un destacado papel en política exterior.

En los comienzos de la Revolución Cubana se dio preferencia al mantenimiento de buenas relaciones con las “dos Américas”, buscando la convivencia pacífica a pesar de las diferencias ideológicas. Con el interés de dejar una imagen positiva en el hemisferio, y desprender cualquier duda con respecto a la no influencia del comunismo en el Gobierno Revolucionario, es que Fidel acepta la invitación de la Sociedad de Editores de Periódicos de EEUU y emprende una gira por el país, para posteriormente, continuar la misma por el Cono Sur. Con respecto a la gira del líder cubano por EEUU en abril de 1959, el resultado fue dispar: Castro logró muy buena aceptación pública

general, difundiendo sus ideas y mostrando su régimen nacionalista como una democracia apegada al mandato normativo; mientras que, en lo que respecta a las autoridades oficiales, su visita significó un verdadero fracaso. Eisenhower se negó a recibirlo e incluso trató de negarle la visa de entrada; entretanto, la entrevista con el vicepresidente Nixon sólo logró aumentar las hostilidades entre ambos mandatarios, demostrando que el enfoque paternalista aún continuaba vigente para ciertos dirigentes del Gobierno (Leogrande y Kornbluh, 2015).

A las semanas, Castro emprendió una larga gira por Canadá, Brasil, Uruguay y Argentina, logrando nuevamente gran aceptación pública en general y reiterando que su régimen no era comunista sino nacionalista. Asimismo, el líder cubano subrayó en Argentina la necesidad de un crédito de 30.000 millones de dólares para el desarrollo de AL, siendo el mismo necesario para que no se reproduzca la influencia de la izquierda en la región.

Esta etapa marcada por el buen relacionamiento con las “dos Américas” logra superar la Reforma Agraria, pero se deteriora para fines de 1959, con el apoyo cubano a las insurrecciones armadas en otros países de la región (Panamá, Haití y República Dominicana). Esto, sumado a los fusilamientos de los opositores y a la radicalización del régimen con comunistas en el Gobierno, modificó parte de la opinión pública internacional, precipitando “el conflicto entre Estados Unidos y Cuba, que arrastró a la mayoría de los gobiernos latinoamericanos” (Rojas, 2015, p.139).

### **3.2 Motivaciones de la política exterior cubana y giro hacia la U.R.S.S.**

Ante el deterioro de la relación bilateral, y con el margen de maniobra acotado por su posterior aislamiento del marco institucional americano, fue “necesario” para Fidel Castro su declaración de que la Revolución adhería con los principios marxistas-leninistas, apegando su régimen a la URSS en procura de obtener ventajas comerciales, y además, proteger su frágil soberanía ante la inminente invasión de Estados Unidos. Tal como analiza MonizBandeira(2008), la declaración fue además un intento por constreñir el accionar de la Unión Soviética en dos aspectos: ante un posible intercambio de la isla por Berlín en pro de mejorar su relacionamiento con Washington tal como temía Castro, y al mismo tiempo, buscando un mayor apoyo de la URSS ante una China que podía amenazar en la hegemonía del campo comunista mundial

Un aspecto relevante, que diferenci6 la pol3tica de Cuba con respecto a la URSS, fue su b6squeda incesante de propagar la revoluci6n armada por otros pa3ses latinoamericanos con el objetivo de generar otros focos de tensi6n que se propagar3an por todo el continente. Si bien Castro intent6 mantenerse cerca de la URSS, es bien sabido que su intenci6n no era pasar a subordinarse a la otra potencia, sino la de obtener la independencia absoluta. En virtud de esto, el Gobierno cubano siempre mantuvo profundas discrepancias con la URSS con respecto al rol que deb3an jugar en el concierto internacional. Mientras que Cuba apoyaba las revoluciones armadas, siendo, tal como expresa Piero Gleijeses (2004), el pa3s del Tercer Mundo que m3s “ha proyectado (...) su poder3o militar m3s all3 de su vecindario inmediato” (p.151), la URSS se apegaba a las normas del sistema internacional, primando en su accionar la b6squeda de armon3a en sus relaciones con EEUU ante el temor de una nueva guerra mundial.

Reflejando estas diferencias, Castro criticaba a la URSS “por mezquina en su ayuda a los gobiernos y movimientos de liberaci6n del Tercer Mundo, y excesivamente ansiosa por procurar acomodo con Estados Unidos” (Glejeses, 2004, p.161). En consecuencia, buscando el distanciamiento de la URSS en lo que respecta a la pol3tica exterior, las motivaciones por propagar la Revoluci6n se basaron en dos pilares fundamentales: la autodefensa y el idealismo; adem3s de la “sed de autoengrandecimiento” de Castro tal como remarcan los propios analistas de la CIA. La necesidad de la autodefensa cubana se basaba en el principio de que:

“si Washington insist3a en sus agresiones, la mejor defensa ser3a la de contraatacar, no atacando a EEUU frontalmente [sino] por los senderos del Tercer Mundo (...) dondequiera que fuera posible, ganando as3 amigos y debilitando la influencia de EEUU. Castro consideraba que la supervivencia de la Revoluci6n depend3a del surgimiento de ‘otras Cubas’”(Glejeses, 2004, p.161).

Por su parte, el idealismo de Castro y Guevara es otro factor determinante en la pol3tica exterior cubana. Es un reflejo del profundo “esp3ritu mesi3nico” y de la “devoci6n fant3stica hacia su causa” que persegu3a el accionar de estos comandantes. Castro estaba convencido de que podr3a modificar radicalmente y hacer progresar a AL.<sup>iii</sup>Tal como lo conceb3an los dirigentes revolucionarios:

“la historia, la geograf3a, la cultura y el lenguaje hac3an de Am3rica Latina el h3bitat natural de los cubanos, (...) el primer lugar en que intentaron ayudar la

revolución. Pero América Latina era también el lugar en que su libertad de movimiento estaba más circunscripta” (Gleijeses, 2004, p.163).

A diferencia de las posteriores intervenciones en África donde se luchaba contra un poder colonial y/o gobiernos ilegítimos, siendo el riesgo de un enfrentamiento con EEUU menos probable, Castro sabía que AL representaba el “patio trasero” de Washington, y por lo tanto, se manejó con cautela en el envío de armas a los rebeldes latinoamericanos. Esta ayuda hacia AL no hubiese sido posible sin el escudo protector de una superpotencia amiga que le brindó ayuda militar, técnica y económica – una situación parecida a la de Israel con respecto a Estados Unidos-. Sin embargo, Cuba utilizó la ayuda soviética para llevar a cabo una política idealista que carece de precedentes en todo el mundo (MonizBandeira, 2008).

### **3.3 La búsqueda de “otras Cubas” por América Latina**

El “Che Guevara”, posiblemente el máximo propulsor en el intento de propagar la revolución, buscó replicar la vía cubana de insurrección en todos los países de AL. Tal como manifestó en 1960 en su manual titulado la Guerra de Guerrillas, Cuba necesitaba que la revolución:

“se expandiese, como un incendio, a otras partes del hemisferio, a fin de aliviar las presiones que los Estados Unidos ejercían sobre Cuba. [Los Revolucionarios estaban] imbuidos de un espíritu mesiánico, creían que, así como Simón Bolívar, José de San Martín y José Martí lucharon (...) contra el dominio colonial de España, ellos (...) estaban predestinados a la misión de liberar América Latina del yugo imperialista que los EEUU ejercían” (MonizBandeira, 2008, cap X, p.5).

De esta manera, y oponiéndose a los lineamientos de Moscú, buscaron transformar a la cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del continente americano. Donde más hicieron eco sus doctrinas fue en los partidos de “izquierda no comunistas”, con raíces socialdemócratas o nacional-populistas, donde se generaron “tendencias revolucionarias más radicales que el comunismo orientado por Moscú” (MonizBandeira, 2008, cap.X, p.6).

Como plantea MonizBandeira (2008), los dirigentes cubanos “no discriminaban las tendencias políticas de izquierda que se dispusiesen partir para la insurrección y cambiar el ‘statuo quo’, y este hecho ya los diferenciaba de los comunistas, de formación estalinista y obedientes a las directrices de Moscú” (p.7). Esta multiplicidad

de tendencias, que podían converger con los principios de la Revolución Cubana, hizo que el movimiento ganara una gran simpatía en AL, englobando desde tendencias nacionalistas hasta el más férreo antiimperialismo. En países como “Ecuador, Chile y Uruguay, fueron los militantes, sobre todo jóvenes, de los partidos socialistas, vinculados a la Internacional Socialista, los que más decididamente defendieron la Revolución Cubana y las posiciones teóricas sustentadas por sus dirigentes” (MonizBandeira, 2008, cap.X, p.7). En lo que respecta a las potencias del Cono Sur, en Argentina fue el propio Guevara quien buscó una alianza con la izquierda justicialista (peronista); mientras que en Brasil, cuyos estados del nordeste eran considerados la zona insurrecta por excelencia debido al grado de subdesarrollo de la misma, el Gobierno cubano apoyó las Ligas Campesinas, preparándolas para la lucha armada (MonizBandeira, 2008).

El estímulo ideológico y material del Gobierno cubano a las organizaciones revolucionarias en AL provocó, asimismo, una gran indignación en diversos grupos demócratas o liberales que veían como el Gobierno de Castro era también cómplice al violar el principio de respeto a la autodeterminación de los pueblos y la no intervención, accionar que la propia Cuba repudiaba con respecto a EEUU. Este comportamiento fue igualmente rechazado por la Unión Soviética, que partidaria de la cohesión del partido comunista y oponiéndose a la formación de grupos armados, no compartía la forma que tenían los cubanos de lucha por el poder político (MonizBandeira, 2008).

### **3.4 Estados Unidos y la ALPRO**

Ante esta circunstancia, y al ver Washington que los revolucionarios podían desestabilizar todo el sistema interamericano construido previamente, Kennedy propuso un enfoque distinto en la política exterior estadounidense con respecto hacia AL. Las condiciones de subdesarrollo existentes en el continente americano, sumado a la propagación de ideas nacionalistas y revolucionarias en el marco de la Guerra Fría, hacía necesario una revisión de las políticas “yankees”. El “caldo de cultivo” que se estaba formando en el continente era ideal para propagar las ideas cubanas; ya no alcanzaba con las políticas de estabilización monetaria dictadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), y por lo tanto EEUU buscó cooperar desde un enfoque más asistencialista, que atendiera más a mejorar las condiciones de vida de la población, y no únicamente al aspecto económico. Bajo estas premisas es que Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso en 1961 para el desarrollo holístico de la región

latinoamericana; aunque, del mismo modo, representaba un medio para aislar y sancionar a Cuba con el apoyo del resto de AL (MonizBandeira, 2008).

Al mismo tiempo, Estados Unidos alentó a la creación de una fuerza de seguridad junto con los países del Caribe y motivó a los:

“(…) demás Estados latinoamericanos a romper relaciones diplomáticas, consulares y comerciales con Cuba, reconociendo que el régimen vigente de Castro violaba los principios básicos de la OEA y los conceptos asentados en las Declaraciones de Caracas, Santiago y San José. Tales medidas, en los marcos del Tratado de Río de Janeiro, crearían las condiciones para una ulterior intervención en Cuba (...) bajo la cobertura de la OEA” (MonizBandeira, 2008, cap.X, p.13).

La única dificultad para poner en funcionamiento toda esta maquinaria representaba México y Brasil, los dos países con mayor peso dentro del contexto latinoamericano. Estos países pretendían una solución pacífica, lo que iba en contradicción con los dirigentes de Washington, que lucharon arduamente por forzar una resolución unánime para desencadenar una acción militar conjunta contra el Gobierno de Castro. Cualquier resolución que no contara con el beneplácito de México y/o Brasil iba a resultar ambigua, y en consecuencia, sólo fortalecería al régimen cubano. Ilustrando esto, podemos destacar el comentario del entonces Canciller brasileño Afonso Arinos de Melo Franco al estadounidense Adlai Stevenson (embajador de la ONU entre 1961-1965) de que “los Estados Unidos precisaban siempre considerar que la cuestión de Cuba unía a la opinión pública norteamericana y desunía la opinión pública latinoamericana, y por esto mismo ellos deberían actuar con ‘extrema cautela’ y evitar decisiones precipitadas” (MonizBandeira, 2008, cap.X, p.14).<sup>iv</sup>

Cuba no se quedó inmóvil ante este accionar de los EEUU que pretendió marginarla del sistema interamericano. Durante la conferencia del CIES en Punta del Este en agosto de 1961, Guevara aprovechó la oportunidad para criticar la ALPRO como parte del accionar imperialista impulsado por EEUU y aventuró su fracaso. Asimismo, recordó que la Alianza era consecuencia del accionar de Cuba y del miedo a la propagación de sus ideas, ya que la isla venía creciendo a tasas del 12% anual, “transformándose en uno de los países más industrializados de América Latina”.<sup>4</sup> A su

---

<sup>4</sup> Guevara destacó que Cuba ocupaba el primer lugar dentro de Latinoamérica en la producción *per cápita* de acero, cemento, energía eléctrica, tractores, nylon, textiles, etc. (MonizBandeira, 2008)

vez, Guevara dejaba en claro de que Cuba “no deseaba ser comunista, (...) su sujeción económica al Bloque Socialista provenía exclusivamente del aislamiento forzado por los Estados Unidos” (Moniz, 2008, cap. X, p.16). El “Che” dejaba en claro ante el resto de los países americanos de que la Revolución Cubana no deseaba generar una enemistad con los EEUU, ni tampoco volver a la anterior dependencia; enfatizando también, de que Cuba jamás sería un satélite de la Unión Soviética.

### **3.5 La Revolución Cubana y la desestabilización democrática en Sudamérica**

Luego de esta conferencia en Uruguay donde el “Che” Guevara y su régimen cosecharon simpatías y antipatías por todo el continente americano, el radical cubano emprendería una gira por Argentina y Brasil, dos países que defendían la soberanía de Cuba y que tenían peso dentro del concierto latinoamericano. En su visita “secreta” al presidente Arturo Frondizi en agosto de 1961, el “Che” se mostró en un tono belicoso, comentándole al mandatario que AL debía transformarse en un escenario “explosivo”, en otro “Vietnam” para librarse del imperialismo.<sup>v</sup> Además, el encuentro no fue tan “secreto”, enseguida trascendió a la opinión pública “y Frondizi se enfrentó con una grave crisis militar y la amenaza de un golpe de estado” (MonizBandeira, 2008, cap.X, p.21). Cuatro días más tarde, Guevara visitaría al presidente JânioQuadros (enero-agosto de 1961), causando un gran revuelo político e influyendo en el desencadenamiento de los hechos que lo llevó a renunciar a la Presidencia. Ante esta situación de tensión social en Brasil, Castro alentó al desencadenamiento de guerrillas tomando como ejemplo la experiencia cubana, donde un puñado de hombres pudo frente a un ejército profesional. Esta situación, rechazada por Itamaraty y la opinión pública en general –inclusive en sectores de izquierda-, terminó motivando a las fuerzas de derecha que presionaban en un cambio de postura con respecto a la dictadura cubana (MonizBandeira, 2008).

Presagiando los golpes de Estado en Brasil y Argentina, Arturo Frondiziya manifestaba en septiembre de 1961 que “la demagogia provocadora” de Fidel “llevaría a los países del continente a la dictadura” (Melo Franco, 1968, p.185).<sup>vi</sup> Esto se pudo verificar en la realidad. Al poco tiempo, Estados Unidos, a través de la Junta Interamericana de Defensa, incrementó su apoyo a las Fuerzas Armadas de los distintos países latinoamericanos aduciendo que ellos eran el grupo:

“profesional más estable y modernizador, [debiendo] tener mayor participación ‘en el desarrollo económico y social de las naciones’, a fin de emprender las

reformas necesarias y evitar el esparcimiento de la revolución social, que Cuba directa o indirectamente estimulaba” (MonizBandeira, 2008, cap X, p.23).

Como destaca MonizBandeira (2008), la crisis política de Brasil fue la primera manifestación de una crisis que afectaría luego a todos los regímenes democráticos latinoamericanos, transformándose el conflicto bilateral entre Cuba y los EEUU en “un problema de política nacional” (cap.X, p.24).

Simultáneamente al crecimiento del poder de las Fuerzas Armadas en el continente, y mientras todos los Estados latinoamericanos iban rompiendo relaciones con la “isla comunista” –salvo México que se apartó de la conducta promocionada por EEUU-, Fidel Castro alentaba y apoyaba a los grupos de izquierda alentándolos a la revolución (Zanetti, 2013, p.285).<sup>5</sup> Años más tarde, este mismo apoyo se reflejaría en nuestra región, con el respaldo a la guerrillas urbanas como los montoneros en Argentina o los tupamaros en Uruguay (Rojas, 2015).

#### **4. Relaciones entre Uruguay y Cuba en el período 1959-1964**

Dentro de este panorama de tensión política es importante remarcar el papel que jugó Uruguay como impulsor de los principios democráticos en un candente contexto regional, donde los mismos eran dejados en segundo plano en la búsqueda por propagar la influencia política bajo los principios norteamericanos de democracia representativa y de un fervoroso anticomunismo que no cuajaba con las ideas propagadas desde Cuba.

Específicamente con la isla, las relaciones bilaterales entre Uruguay y Cuba fueron prácticamente insignificantes hasta el golpe de Estado de Batista en 1952. Desde ese momento, hasta que se rompen las relaciones diplomáticas con Cuba en 1964, Uruguay, y particularmente su representación permanente en la isla, jugó un rol fundamental protegiendo a los refugiados políticos, tanto a los guerrilleros que luchaban contra el régimen de Batista, como posteriormente a los perseguidos por las milicias de Castro.

##### **4.1 Uruguay a finales de la década del 50'**

El contexto nacional de esta época es bien peculiar. A finales de la década del 50' Uruguay se encontraba inmerso en una serie de cambios sustanciales a nivel económico,

---

<sup>5</sup>Pocos días después de ser excluida de la OEA, Castro manifestó ante una multitud en La Habana que el “deber de todo revolucionario era hacer la revolución”.

político y social. En lo económico, se originó una crisis del modelo ISI de sustitución de importaciones y un aumento de la inflación que llegaba a límites desconocidos hasta el momento, lo que “necesariamente” llevó al Gobierno blanco –en el poder desde finales de 1958- a solicitar la primera carta de intención con el FMI, con las consecuencias obvias que derivaron en un alineamiento con las políticas estabilizadoras de este organismo internacional.

En lo político, se dio un cambio significativo dispuesto por la Constitución de 1952 al establecerse el Gobierno de un Ejecutivo Colegiado que se mantuvo hasta 1967. Por otra parte, a partir de la alianza del Herrerismo con Benito Nardone se produce la primera victoria electoral del Partido Nacional tras casi un siglo de hegemonía colorada en el poder.

La sociedad uruguaya de aquel momento, imbuida por el malestar económico y la escasa capacidad resolutive del Consejo Nacional de Gobierno, se caracterizó por expresar un fuerte descontento ante este contexto de tensión a nivel nacional e internacional. A esta situación se le agrega en 1959 las mayores inundaciones registradas en la historia de nuestro país y el decreto de medidas de excepción, lo que, sumado a la mala situación económica registrada después de un periodo de gran crecimiento (período 1947-1955 aproximadamente) llevó a una fuerte conflictividad social y a la generación de un “caldo de cultivo” donde las ideas revolucionarias cubanas, a partir del crecimiento demostrado en los primeros años de la Revolución, calaron verdaderamente hondo en la sociedad uruguaya y latinoamericana.

#### **4.2 Visitas de los protagonistas de la Guerra Fría (Castro, Eisenhower y Guevara) y sus repercusiones en la sociedad uruguaya**

A los pocos meses de la llegada de los Revolucionarios al poder, los mismos buscaron repercutir positivamente en la sociedad latinoamericana. Conscientes de la crisis social –reflejada en efervescentes protestas- que tendía a agravarse en los distintos países del Cono Sur, ellos salieron a través de la “Operación Verdad” a contar su “verdad” de los acontecimientos para lograr apoyo en los países sudamericanos. De esa forma, vinieron en marzo de 1959 siete “guerrilleros” para explicar las medidas revolucionarias. Su trato como huéspedes oficiales, sumado al “recibimiento y [a] los concurridos mítines constituyen un síntoma de la buena receptividad con que desde Uruguay se observaba la revolución” (García, 2017, p.2).

Con el mismo propósito, y al ver la efusividad con que fue recibida la victoria de los “barbudos” cubanos en ciertos sectores sociales del continente, Castro emprendió en mayo del mismo año una gira por AL, siendo Uruguay parte de su periplo. Antes de llegar a nuestro país, Castro pasó por Brasil y Argentina (Buenos Aires), donde participó activamente de la Reunión del Comité de los 21 de la OEA y bregó por la creación de un “Plan Marshall” para el continente americano.

Durante las 44 horas de su vertiginosa visita en nuestro país Fidel Castro realizó múltiples actividades. Como destaca Roberto García (2017), el visitante encarnaba una “nueva ética”, contradictoria con el resto de los mandatarios latinoamericanos, pero que fue muy bien recibida por varios sectores de nuestro pueblo nacional; en especial, en estudiantes y grupos de izquierda, para quienes “la Revolución Cubana era el símbolo de la liberación de los pueblos de la hegemonía yanqui [y Castro el] héroe de un nuevo despertar de América” (p.2). Además, tal como destaca Roberto García (2017), este júbilo popular contrastaba “con lo que un año antes le había acontecido a Nixon, abucheado porque el episodio en Guatemala permanecía fresco”(p.2). Si bien su estadía fue breve, dejó en evidencia algunos conceptos que se visualizarían años más tarde. Se mostró dispuesto a explicar la Revolución Cubana a periodistas y autoridades, realizó un discurso en la explanada municipal donde asistieron entre 20.000 y 40.000 personas<sup>vii</sup>, y se reunió con estudiantes de grupos de izquierda en el hotel Victoria Plaza, a quienes les explicó que “no era comunista y que no sería instrumento del comunismo; que su Movimiento (...) no tenía militancia política y que el comunismo había cometido grandes errores en Cuba [intentando] coparle su Revolución”.<sup>viii</sup> Asimismo, el Primer Ministro aseveró de que si en “algún país americano, apareciera un Presidente que se declarara comunista, los demás gobiernos de este Continente, le caerían encima con todas sus fuerzas” (Aparicio *et al.*, 2013, p.190).

Al día siguiente, Castro traslució con su discurso en la explanada de la Intendencia de Montevideo que “sufriría un golpe tremendo la esperanza en América Latina si la Revolución Cubana fracasa. [La misma, debía ser defendida por los latinoamericanos] porque era como una lucecita que se enciende para América... una lucecita que puede señalar un camino”(García, 2017, p.4). De esta forma, Fidel dejaba a entrever que el camino debía ser la revolución; pero señalaba, al mismo tiempo, a Uruguay como ejemplo de democracia ante la ineptitud y “falsedad” que era moneda corriente en el resto de los gobernadores latinoamericanos. Además, durante su estadía,

Fidel Castro se solidarizó con las víctimas de las inundaciones, recorriendo el país – junto al entonces teniente Líber Seregni- para escuchar a los damnificados y donándoles 20.000 dólares (García, 2017).

Es importante remarcar que la estadía en nuestra capital fue en mayo de 1959, “Fidel” venía de realizar una gira esperanzadora por EEUU y buscaba la aceptación de su régimen en el continente, dejando en manifiesto su ideología nacionalista y contraria al comunismo. Sin embargo, el devenir de los acontecimientos contradirían los dichos de Castro, quedando su régimen “comunista” prácticamente separado del continente americano unos años más tarde en nuestro mismo país, en la Conferencia de Punta del Este de 1962. Al igual que con la posterior visita de Eisenhower o Guevara, las visitas de estas “míticas” personalidades exacerbaban la polarización reinante en aquella dividida sociedad uruguaya. En el caso de la visita de Fidel, su visita no pasó desapercibida para el servicio de inteligencia local, ni tampoco para las estrategias de seguridad continentales que comenzaban a repudiar cualquier intento de propagación socialista (García, 2017).

Concomitante al intento de propagación cubano, EEUU promovía cierto cambio en su política exterior con respecto a AL, asumiendo mayor responsabilidad en promover el desarrollo holístico en los pueblos – no solo a través de inversiones privadas- con el fin de desalentar cualquier intento comunista que se pretenda instalar en su zona de influencia. Bajo estas premisas es que Eisenhower emprendió una gira por América Latina (Brasil, Argentina, Chile y Uruguay), arribando a Montevideo el 2 de marzo de 1960. El viaje del mandatario estadounidense por estas tierras constituía algo poco usual, pero se explica debido al interés “yankee” en conseguir el apoyo de estos presidentes “para aislar a Cuba, primer paso para la posterior desestabilización y derrocamiento de Castro”(Aparicio *et al.*, 2013, p.193).

Este clima de polarización local puede ser reflejado en los respectivos informes de los embajadores de Bélgica y Chile, mandatarios críticos en una atmósfera fuertemente ideologizada. Ante la visita puntual del presidente estadounidense, el embajador belga le informaba a su Cancillería que pareciera “que ‘Uruguay hubiera expresado (...) su aprobación de la política practicada por los Estados Unidos con respecto a Cuba’, habiéndose comprometido ‘igualmente [a] contrarrestar la propaganda comunista que, se dice, se difunde en el continente a partir de esta capital’”.<sup>ix</sup> Ante las visitas de las

personalidades más importantes de la Guerra Fría, el embajador chileno, por su parte, advertía sobre la inestabilidad social en nuestro país, manifestando que:

“(…) La marea del descontento estaba ‘cundiendo’ en una forma que podía ‘adquirir, pese a la conciencia democrática que tanto enorgullece al Uruguay, una desviación peligrosa’. El gobierno debía enfrentar los problemas con alternativas y no con ‘la sola represión policial’, que ‘no parece el remedio adecuado para aquietar el humano y natural descontento de la población’”.<sup>x</sup>

Por último, no debemos olvidarnos de la visita del “Che” Guevara, un revolucionario “ardiente” por sus declaraciones que -posiblemente- logró mayor repercusión social con su llegada que con la de los anteriores mandatarios. No caben dudas que el clima de 1961 era tenso y que la trascendencia internacional de la conferencia de Punta del Este ayudó a enardecer a las masas. Como ya mencionamos anteriormente, Guevara visitó nuestro país con el objetivo de criticar la iniciativa estadounidense de la “Alianza para Progreso”. Al mismo tiempo, durante el desarrollo de la misma y motivados por la clara influencia del “Che” en Uruguay, los sectores de izquierda se movilizaron activamente organizando distintos actos; desde una “conferencia paralela” en apoyo de Cuba que contó con la participación de grandes figuras como Salvador Allende, a movilizaciones comunistas en el cine Uruguayo. Como escribe Blanco Fares (2007), “la pluralidad de actos [reflejó] la indignación generalizada entre ciertos niveles de la sociedad con respecto al evento y de la falta de cohesión de las izquierdas uruguayas a principios de la década del ’60” (p.30).

Uruguay en 1961 se encontraba conmovido y dividido socialmente; “Montevideo palpataba a cada noticia del encuentro. El punto culminante (...) fue el discurso de Ernesto Guevara en el Paraninfo de la Universidad de la República”. En él, Guevara menospreció la tasa de crecimiento de 2,5% que proponía la ALPRO, comparándola con el 10% de crecimiento del PBI anual cubano; cifra que significaba un mínimo de desarrollo, que había sido lograda en la isla gracias a la Revolución Agraria y sus efectos positivos en los campesinos, y a los préstamos “generosos” provenientes desde la URSS que no “comprometían la dignidad nacional ni tampoco el futuro del país”.<sup>xi</sup>

Asimismo, el “Che” alertaba que la desunión de los pueblos americanos constituía el déficit mayor en la lucha contra el enemigo común: el imperialismo. Para luchar contra él, Cuba debió tomar las armas, siendo este “un camino muy triste, muy doloroso, que sembró muertos en todo el territorio nacional” (Blanco Fares, 2008, p.31).

Guevara felicitaba al pueblo uruguayo por el sistema democrático que tenía, por permitirle manifestar libremente sus ideas a pesar de ser consciente de que las mismas eran contrarias a las del Gobierno uruguayo: “conozco América, (...) y puedo asegurarles que en nuestra América, en las condiciones actuales, no se da un país donde, como en el Uruguay, se permitan las manifestaciones de las ideas”. Estos cauces democráticos representaban para el “Che” una verdadera ventaja para lograr la justicia social, “dejando la vía armada para momentos extremos” (Blanco Fares, 2007, pp.31-32).

De igual manera, Guevara formuló durante aquel recordado discurso una advertencia que marcaría a fuego el futuro trajinar de los hechos devenidos, impactando tanto en la derecha anticomunista como en la izquierda que simpatizaba con los Revolucionarios:

“cuando se empieza el primer disparo, nunca se sabe cuál será el último. (...) Porque no hubo un último disparo el último día de la Revolución; hubo que seguir disparando. Nos dispararon, tuvimos que ser duros, tuvimos que castigar con la muerte a alguna gente; nos volvieron a atacar una vez más, y nos seguirán atacando” (Blanco Fares, 2007, p.31).

Esta alocución quizás significó el recuerdo más perdurable para nuestra sociedad. Al terminar el discurso, mientras el “Che” se retiraba junto a Salvador Allende:

“el Profesor Arbelio Ramírez, seguramente por llevar el abrigo del Che, fue baleado y cayó muerto. [Su asesinato] sentó un precedente de sangre en la sociedad uruguaya anunciando las tragedias a las que de allí en más asistiría el país, y por lo pronto, intensificó el clima de tensión que cada vez con mayor nitidez se manifestó en la sociedad uruguaya. Menos de un año después (...) [comenzarían en Uruguay] las primeras acciones de la guerrilla urbana” (Blanco Fares, 2007, p.32).

#### **4.3 El dividido mapa político nacional ante la exclusión de Cuba de la OEA**

No quedan dudas que el clima de agitación social que vivió Uruguay en estos años estuvo motivado por los ecos de la Revolución Cubana, profundizándose las discusiones gremiales, sindicales y políticas entre los distintos sectores. Son años donde, lejos de un consenso, claramente se denota un clima de polarización en torno a la cuestión “Cuba”. Con la llegada de Fidel y Guevara se ahondó este proceso de radicalización; se

generaron grupos favorables a las ideas de los Revolucionarios; como también, movimientos estudiantiles contrarios a sus ideales que tuvieron una activa participación. Asimismo, este proceso de fragmentación derivó en realineamientos políticos e ideológicos como consecuencia de la toma de posición con respecto a Cuba.

En consecuencia, hubo escisiones muy importantes en ambos partidos tradicionales motivadas por la agitación social y la influencia de las ideas cubanas. En el Partido Colorado, al ser cuestionado el liderazgo de Luis Batlle Berres, se separan de su lista 15 políticos muy importantes de la talla de Zelmar Michelini, Hugo Batalla y Aquiles Lanza para formar la lista 99 y mantener los ideales batllistas; mientras que la lista 14, experimentó una fuerte “derechización” que la alejó de las ideas nacionalistas. Asimismo, dentro del Partido Nacional, se recrudeció el clima de tensión luego de las elecciones del ‘58 entre herreristas y ruralistas, mientras que otros políticos como Enrique Erro o Ariel Collazo tuvieron acercamientos a la izquierda. Estos realineamientos significaron:

“un claro desplazamiento hacia las izquierdas de los sectores más “progresistas” de los partidos tradicionales, sin significar la adscripción de sus líderes al socialismo, al anarquismo o al comunismo. Estos deslizamientos hacia las izquierdas (...) tuvieron su antítesis en algunos sectores conservadores, en los que se produjo una exacerbación del anticomunismo, e incluso, del antiliberalismo. (...) Este fenómeno de polarización fue consecuencia, además de la crítica situación económica y social que atravesaba el Uruguay, del ‘parte aguas’ que significó la Revolución Cubana, que generó (...) apasionados elogios o reprobaciones, sin mediar casi posiciones intermedias” (Blanco Fares, 2007, pp.39-40).

Por supuesto que los movimientos políticos también llegaron a los grupos de izquierda; en el Partido Socialista se “abandono (...) [el] ideal socialdemócrata sostenido por Emilio Frugoni y [se dio] un mayor acercamiento hacia el marxismo-leninismo” (Blanco Fares, 2007, p.40). Algo similar aconteció en el Partido Comunista con Rodney Arismendi, mientras que también se crearon otros grupos radicales motivados por la Revolución Cubana, como el caso del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL) o el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO).

Estas divergencias ideológicas son expuestas al momento de convocarse la VIII Reunión de Consulta de Cancilleres en Punta del Este en el marco de la OEA. La

polémica se vio reflejada en el Gobierno, en los propios partidos políticos o en la opinión pública en general, sintiéndose los efectos de la proximidad de las elecciones del 62', donde nuevamente ganaría el Partido Nacional. Estas discusiones en torno a la Revolución Cubana, “con su correlato de polarización de tendencias políticas a nivel local, explican gran parte de las fluctuaciones y divisiones a la interna del Consejo Nacional de Gobierno ante la propuesta de aplicar sanciones [a Cuba]” (Blanco Fares, 2007, p.41).

El resultado de esta conflagración de tendencias políticas a nivel social, y dentro del Ejecutivo Colegiado, sumado a la presión internacional ejercida por varios países – en especial Estados Unidos y Colombia- y a la posición ideológica de nuestro Canciller explican el comportamiento del Uruguay dentro de la reunión de la OEA en 1962.

La Reunión se desarrolló del 22 al 31 de enero, contando con la participación de 21 Estados miembros. Como preveía el Embajador colombiano en la citación de la misma, en la Conferencia se trató principalmente el tema Cuba y sus ramificaciones: la amenaza de injerencia de potencias extracontinentales, la celebración de elecciones libres y los principios de no intervención y autodeterminación. El asunto “Cuba” ya había sido tratado con anterioridad en 1961, durante la Séptima reunión, en la cual Estados Unidos ya había acusado a la isla de instalar un gobierno comunista dirigido por Moscú, rechazándose a través de la declaración, cualquier tipo de intervención extracontinental en las repúblicas americanas (Morgenfeld, 2012). Esto constituyó un fiel reflejo de que casi 140 años después la “Doctrina Monroe” seguía vigente para los países americanos.

Tal como condecía con nuestro historial democrático, el Canciller uruguayo Homero Martínez Montero comenzó la Conferencia cuestionando la medida sancionatoria que se le incriminaba a Cuba previendo su expulsión de la OEA. Para cumplir con esto, mencionaba que, debían ser modificado el TIAR y la propia Carta de Bogotá, ya que por más que la isla no adhiriera a la democracia representativa, no estaba prevista la expulsión de ningún Estado miembro (Blanco Fares, 2007).

Una de las participaciones más destacadas en la conferencia representó la del Canciller mexicano Manuel Tello. Si bien México jugó un rol fundamental en aquella época al ser intermediario entre los países latinoamericanos y el régimen cubano –único país de la OEA que para 1965 mantenía embajada en la isla- su “tesis de la incompatibilidad” se convertiría:

“en la base del sistema de justificaciones esgrimidas como legitimantes de la medida de exclusión de Cuba de la OEA, a pesar de la (...) oposición de la propia delegación mexicana. [La propuesta aducía que] en caso de que un estado americano adoptara un sistema de gobierno distinto a los de los demás países, (...) si bien se debía respetar su derecho a la autodeterminación, no se estaba en el deber de reconocerlo, ni tampoco (...) en el deber de seguirlo aceptando dentro de la Organización de la que era integrante”.<sup>xii</sup>

Por su parte, la representación cubana al mando del Canciller Osvaldo Dorticós se vio desbordada ante una exclusión de la OEA que parecía inminente al no tener países aliados que compartieran su ideología. La actitud cubana fue más bien de reserva, manifestando las gracias en todo momento por el apoyo del pueblo uruguayo hacia la Revolución, y planteando, el antecedente todavía latente de la Conferencia de Caracas en 1954 y la posterior invasión de Guatemala. Asimismo, Dorticós “impugnó la fundamentación jurídica instrumentada para la convocatoria de la reunión de Cancilleres, ya que el artículo 6 del TIAR exigía la existencia de una agresión directa o indirecta continental o extracontinental, (...) hecho que no se había producido”.<sup>xiii</sup>

Con el trajinar de la Conferencia, podemos inferir que la posición uruguaya fue mudando hacia un alineamiento con EEUU y los países favorables a la exclusión cubana. Para ello fue importante la presión ejercida, pero también las mayorías anticomunistas dentro del Consejo Nacional de Gobierno, que bien representadas por Montero Martínez, terminaron por decretar una posición uruguaya favorable a sancionar a Cuba. Pero nuestro Canciller fue más allá con sus sucesivas intervenciones, llegando incluso a proponer “mecanismos del sistema americano [para organizar], a corto plazo, la defensa de la seguridad, del orden público interno y de las instituciones democráticas de las demás repúblicas del Continente”.<sup>xiv</sup> Este punto es crucial, ya que su comportamiento evidenció nuevamente –ya había acontecido durante el llamado a Consulta- un desentendimiento ante las instrucciones dadas por el Colegiado, quien nunca propuso dicha moción. Esto queda incluso expuesto en el diario oficialista del herrerismo “El Debate”, donde se denuncia la transgresión de Martínez Montero como un hecho grave.<sup>xv</sup>

En conclusión, la VIII Reunión de Consulta se cierra el 31 de enero de 1962 con nueve resoluciones, haciéndose patente la lucha de los Estados americanos contra “el comunismo internacional, encarnado y dirigido por el bloque chino soviético” (Blanco

Fares, 2007). También se dispuso la creación de una Comisión de Vigilancia Interamericana, y entretanto, la sexta resolución significó la definitiva exclusión de Cuba de todos los organismos y reuniones de la OEA;

“La [resolución] contó con los tres cuartos de los votos suficientes para su aprobación, lo que si bien alcanzó para el propósito que se habían fijado los Estados Unidos y otros países contrarios a la Revolución Cubana, tampoco significó un triunfo rotundo, sino más bien un débil apoyo. El voto 14 para la aprobación de esta resolución fue aportado, (...) por la delegación uruguaya, lo que convirtió inesperadamente en decisivo el papel desempeñado por el Uruguay en esta Octava Reunión de Consulta de Cancilleres” (Blanco Fares, 2007, p.102).

La votación de nuestro Ejecutivo Colegiado en favor de las sanciones a Cuba fue reflejo del triunfo de la línea “moderada” dentro de la multiplicidad de opiniones dentro del organismo. La exclusión fue votada “después de la presentación de las supuestas pruebas de los actos de amenaza del gobierno cubano, que la Comisión Interamericana de Paz llevó a Punta del Este”.<sup>6</sup>

Concomitante con la aislación cubana del sistema interamericano, es menester señalar las agitadas protestas que tuvieron lugar en distintos puntos de nuestro territorio; lo que nos permite evidenciar la división del pueblo oriental con respecto a la resolución del Colegiado expresada en la OEA. Es preciso señalar la “Conferencia de los Pueblos” que tuvo lugar en nuestro país en forma paralela a la Conferencia de Cancilleres. La misma contó con la presencia de políticos, intelectuales y periodistas que manifestaron su desagrado en el accionar de las delegaciones oficiales con respecto a Cuba. A su vez, numerosos sectores sociales se congregaron durante la Conferencia de Cancilleres en las calles de Montevideo como prueba de que la opinión pública estaba realmente dividida con respecto a Cuba.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup>El informe de la Comisión Interamericana de Paz constituyó un material fundamental al momento de armar el aparato argumental que sostuvo la medida de expulsión de Cuba de la OEA; denunciando los actos de fuerza ilegales del régimen imperante en Cuba [fusilamientos, deportaciones y confiscación de bienes], la acción del comunismo internacional en el continente americano al comprobarse el ingreso de Cuba al bloque chino soviético y la infiltración comunista por el Gobierno de Cuba en los demás países de América (María Blanco Fares, 2007).

<sup>7</sup> Las manifestaciones más importantes tuvieron lugar el 23 de enero en la Plaza Libertad con la asistencia de entre 25.000 a 30.000 personas, y la otra destacada fue el 31 de enero en las calles de Montevideo, con la participación de 25.000 personas que protestaron contra la exclusión de Cuba de la OEA [Fuente: Diario “Marcha”, Montevideo].

## **5. Relaciones Uruguay- Cuba: la perspectiva nacional**

Aunque se denota cierta reticencia de parte de Cuba en revelar todo su Archivo Histórico, podemos encontrar información a partir de los informes de nuestra embajada en La Habana, que a pesar de ser un campo prácticamente inexplorado hasta ahora, contienen evidencias suficientes como para profundizar el estudio de las relaciones bilaterales entre ambos Estados.

Si bien la referencia bibliográfica expuesta hasta ahora nos ayuda a explicar la bipolaridad de la sociedad uruguaya con respecto a los Revolucionarios cubanos y el apoyo de nuestro Gobierno a la imposición de sanciones hacia Cuba en los organismos internacionales; creemos que no está explicado el proceso del deterioro de las relaciones bilaterales que llevó al rompimiento diplomático de Uruguay con la isla el 8 de septiembre de 1964. Con tal objetivo es que recurrimos al Archivo Histórico, con el fin de destacar el nexo que constituyó Uruguay en las relaciones entre Cuba y AL, y a su vez, explicar la cronología de hechos que llevó a que se terminen las relaciones diplomáticas entre ambos países, un proceso claramente influido por el contexto que proponía la propia Organización de los Estados Americanos.

### **5.1 Relaciones entre Uruguay y Cuba post-Revolución**

A pesar de que Uruguay y Cuba no tuvieron relaciones fluidas hasta la época de Batista, los primeros vínculos se remontan al siglo XIX, cuando el entonces presidente uruguayo Máximo Tajes designó Cónsul uruguayo en Nueva York al libertador cubano José Martí (La República, 2014). Unos años más tarde, seguramente motivados por estos tenues contactos bilaterales, se formalizarían las relaciones diplomáticas entre ambos Estados en 1902. Estos vínculos son tenues hasta el golpe de Estado de Batista en 1952; es a partir de este momento que la embajada uruguaya en Cuba cobra mayor importancia, coincidiendo con el activo papel desempeñado por Uruguay en aquella época como estandarte de los valores democráticos dentro de un contexto latinoamericano que carecía de los mismos.

El golpe de Estado de Batista y el inicio del régimen de facto constituyeron, el comienzo de un período de 12 años de intenso relacionamiento bilateral (1952-1964). Este ciclo estuvo marcado por la actitud reacia de nuestro Gobierno en reconocer al régimen de Batista. Esto mismo se ve reflejado en los informes de la embajada cubana en nuestro país, donde los mismos hacen notar el cuestionamiento del Gobierno uruguayo a la condición de militar y a los medios utilizados por Fulgencio Batista para

usufructuar ilegítimamente el poder en la isla. Aunque finalmente, y pese a su parecer - como reconoce el propio embajador cubano en Uruguay-, el Estado Oriental terminaría por reconocer a Batista, seguramente por el miedo a quedar “aislado en el continente americano” (García, 2017, p.4).<sup>xvi</sup>

Esta actitud uruguaya resquebrajaría el vínculo bilateral, transformándose de a poco nuestra embajada en un medio opositor al régimen de Batista al albergar a varios revolucionarios bajo el asilo político. Así, la misión acreditada en La Habana pasaría a configurarse “en un refugio seguro para varios integrantes del Movimiento 26 de Julio que llegaban para salvar su vida” (García, 2017, p.4). Esto mismo se evidencia en los informes de Julio Casas –embajador uruguayo en Cuba- de 1957, donde, contrariado por la revuelta social en el país insular, advertía que los cubanos eran ‘perseguidos, apresados y condenados’ por causas mínimas o incluso sin motivos. Tal como se percataba Casas, en Cuba:

“el recurso de Habeas Corpus [sic] no tiene ninguna significación ni alcance legal, razón por la cual, la pérdida de la libertad con riesgo de la vida suele ser la causal más corriente del asilo diplomático. Con toda iniquidad se conforma un expediente acusatorio (‘paquete’) contra un ciudadano, se le apresa, se le somete a tortura y ya se tiene un delito y una condena consecuente, del Tribunal de Urgencia, cuya responsabilidad legal es muy dudosa. Es el terror a las torturas lo que mueve a la expatriación de ciudadanos. (...) Todo hace suponer que un cambio brusco de Gobierno impondría represalias tan dolorosas o peores que las que actualmente sufre el país. (...) No se sabe a dónde se irá; pero los adversarios del Poder se han impuesto la tarea de voltearlo, cualesquiera sean las consecuencias, aún las peores.”<sup>xvii</sup>

A los pocos meses de este informe del Embajador uruguayo desde La Habana, el distanciamiento entre ambos países era indiscutible, manifestándose de forma evidente luego del recibimiento del Canciller Secco Ellauri de un delegado de Fidel Castro en agosto de 1958. El recibimiento dado hacia un revolucionario que luchaba contra la dictadura de Batista marcaría el inicio de una nueva etapa del relacionamiento entre ambos Estados, cuyos buenos auspicios se agotarían pronto por el contexto anticomunista que influía en nuestro país, y por la pronta radicalización del régimen nacionalista que obligó a marcar cierto distanciamiento entre los gobiernos.

Con el ascenso de los Revolucionarios al poder, los comentarios positivos se multiplicaron y nuestro país no fue la excepción. El desarrollo de un modelo alternativo en los 60` constituía una opción válida frente a un contexto social álgido en AL, donde los gobiernos avasallaban los derechos humanos y la crisis del modelo ISI era evidente. Los jóvenes cubanos se apoyaron en esta situación, buscando proponer un modelo alternativo al que planteaba Estados Unidos, basado en militares al poder y en las directrices de los organismos multilaterales que actuaban a su merced.

Este es el contexto en el que se da la primera aproximación entre el Gobierno de Fidel y el Colegiado uruguayo, cuando llegan un grupo de guerrilleros como parte de la ‘Operación Verdad’ para buscar un buen relacionamiento con los países del Cono Sur. Con el mismo fin es que arribaría Fidel Castro apenas dos meses más tarde (mayo de 1958). A partir del Archivo podemos constatar que estas visitas posiblemente contribuyeron a una propagación de las ideas nacionalistas y socialistas dentro de una amplia gama de sectores sociales, aunque al mismo tiempo, también parece clara una exacerbación del anticomunismo en gran parte de la sociedad uruguaya. La primera apreciación puede ser reflejada a partir de los archivos de la Cancillería Cubana, donde se hace notar que “la gran mayoría de los Sindicatos, [así como también del estudiantado capitalino], se encuentran al lado de la Revolución”. Asimismo, se notaban grandes diferencias “entre Montevideo y el resto del país, donde la oposición a Cuba era mayor por falta de propaganda”.<sup>xviii</sup>

Bajo estas consideraciones, y augurando profundizar el relacionamiento bilateral, los caribeños deciden elevar al rango de Embajada a su misión en Montevideo. Con tal fin arribó a nuestro país Mario García Incháustegui, un diplomático destacado de la Revolución que llegaría para buscar profundizar un relacionamiento considerado muy importante para los intereses cubanos con nuestro país. Mientras la Embajada cubana buscaba generar buenas impresiones en nuestro Gobierno y en la sociedad en general, ya en marzo de 1960 se visualizaba –a partir de un informe confidencial enviado por la Embajada uruguayo en Cuba al Ministro de Relaciones Exteriores Homero Martínez Montero- como la situación política tendía a agravarse progresivamente en Cuba:

“(…) A medida que el gobierno imperante [extremaba] sus planes tendientes a la implantación de un sistema social que se aproxima al marxismo.(…) [Así], a la implantación de un sistema económico y social, [le] siguió un proceso de eliminación escalonada de la libertad de pensamiento que se tradujo (...) en la

censura a los medios de información, y luego en la expropiación de diarios, estaciones de radio y televisión.”<sup>xix</sup>

Asimismo, el informe detallaba otros tantos avasallamientos de las libertades individuales a poco de instalarse en el poder los Revolucionarios; destacándose que la sindicalización obrera pasaba a estar coordinada con el régimen, la sustitución del ejército regular por las milicias populares, la prohibición de entrar o salir del país, o la propia libertad de claustro. El informe de la Embajada uruguaya concluía que, “cualquiera que haya sido la primera intención de los dirigentes de la revolución contra el gobierno de Batista, los acontecimientos ulteriores los han desbordado y la progresión del país hacia un sistema totalitario es rápida y evidente” (Ibíd., p.2).

Este documento de principios de 1960 muestra como ya se vaticinaba lo que el embajador Casas previó en 1957. Al poco tiempo de la llegada de los Revolucionarios al poder, ellos cometieron las mismas atrocidades por las que tanto lucharon; combatiendo, callando y reprimiendo—de igual forma que en la dictadura de Batista- a los contrarrevolucionarios que buscaron derrocar al régimen castrista. Posiblemente Fidel fue consciente de que el recurso de la fuerza era necesario —y el único medio posible a su entender- para mantenerse en el poder, ya que la experiencia de la Revolución guatemalteca y la posterior intervención estadounidense le habían demostrado la necesidad de la fuerza militar para sostener una revolución socialista en el poder y controlar a las masas.

A finales de 1959 se ingresa a una etapa más tensa de relacionamiento bilateral entre los Revolucionarios cubanos y el Gobierno nacional. Aunque es innegable la presión estadounidense por aislar la Revolución socialista que había estallado en sus narices, la radicalización cubana y las acciones del régimen Castrista también causaron un repudio generalizado del que se hizo eco el Gobierno uruguayo. De esta forma, durante la Presidencia de Benito Nardone —anticomunista fervoroso- del Ejecutivo Colegiado, y ante las acusaciones de que la Embajada de la URSS constituía “el centro de la propaganda soviética en la América del Sur”<sup>xx</sup>, es que Uruguay expulsa en enero de 1961 al Primer Secretario de la Embajada soviética y declara al Embajador cubano Incháustegui persona *non grata*, al estar ambos diplomáticos supuestamente implicados en actividades subversivas.

En agosto de 1961, con el lanzamiento de la ALPRO por parte de Kennedy en Punta del Este, se configuró un nuevo acontecimiento que acercó la tensión regional a

nuestro país. La presencia de las principales figuras políticas en nuestro país ayudó, tal como vimos anteriormente, a agravar la tensión social nacional conmovida por las repercusiones permanentes del régimen revolucionario;

“Cuba era un factor central y unificador, tanto hacia la izquierda como también en las derechas. Éstas últimas sentían ‘temor’ y ‘odio’ hacia la revolución. (...) Para las izquierdas, ‘la defensa denodada de la Revolución Cubana y sus realizaciones’ era el punto de coincidencia, [llegando algunos grupos a ver] la necesidad imperiosa de realizar en el Uruguay una ‘revolución anti-imperialista y anti-feudal’, aunque por el momento consideraban que era ‘posible por la vía pacífica’“(García, 2017, p.13).

Así, la Embajada cubana en Montevideo deducía que probablemente las tensiones continuarían evolucionando en el futuro próximo y la sociedad uruguaya radicalizándose hacia uno de ambos bandos (García, 2017).

Cuba fue un actor central en la opinión pública uruguaya de la década del 60’, ejerciendo su influencia a nivel local –y continental- para intentar unificar los sectores de izquierda, dado que su diversidad ideológica expresada en múltiples partidos impedía lograr una participación legislativa representativa. A diferencia de los partidos de izquierda, los partidos tradicionales se agrupaban a pesar de sus profundas diferencias ideológicas, un método eficaz en la votación por lemas que les permitió acumular votos y repartirse el poder político.

A pesar de las tentativas dirigidas desde Cuba y de algunos sectores no tradicionales, no fue hasta la creación del Frente Amplio en 1971 que la izquierda lograría unificarse. Los socialistas y comunistas no lograron juntarse para las elecciones de 1962, dividiendo sus votos en el Partido Unión Popular (PUP) de tendencia socialista y el Frente Izquierda de Liberación (FIDEL) que representó a comunistas. Igualmente, sumados los votos de ambos partidos apenas llegaron al 5.8 % del electorado [3,5% FIDEL y 2,3 PUP] para 1962. Los datos son claros; si bien la Revolución Cubana ayudó a movilizar la izquierda uruguaya, y posteriormente algunos sectores tomaron la experiencia cubana e intentaron llegar al poder a través de las armas; el peso dentro del caudal electoral fue ínfimo, estando la izquierda muy lejos de llegar al Gobierno a través de los medios democráticos. A pesar de esto, vale acotar que, como vimos en la votación de la OEA del 62’, la experiencia cubana llegó a cautivar simpatías en sectores

de los partidos tradicionales, lo que explica la bipolaridad social que se vivió por esos años en torno a las repercusiones de la rebelión en Cuba.

A raíz de esto, consideramos prudente señalar que, probablemente, el sentimiento democrático de nuestra sociedad haya pesado para que numerosos sectores sociales mostraran cierto grado de apoyo al nuevo movimiento nacionalista que surgía en Cuba, buscando replicar algunas de sus acciones revolucionarias para contrarrestar las graves consecuencias de la crisis económica local; pero, las muestras de simpatía nunca llegaron a significar un apoyo decidido a los partidos de izquierda, y menos hacia el camino de las armas como medio efectivo para llegar al poder. Si bien los cubanos cosecharon ciertos halagos en sus comienzos, e incluso con las primeras medidas revolucionarias, la radicalización del régimen y la posterior declaración de adhesión a los principios del marxismo-leninismo, hizo que varios sectores sociales vean con desconfianza el experimento revolucionario cubano.

## **5.2 Fuentes inéditas que ayudan a explicar el deterioro de las relaciones bilaterales con los Revolucionarios cubanos**

A partir de la investigación en el Archivo de la Cancillería uruguaya podemos ver como se fueron deteriorando las relaciones bilaterales entre nuestro Gobierno Colegiado y el Gobierno Revolucionario de Cuba. Si bien Cuba intentó construir un alto nivel de relaciones con las autoridades del Gobierno uruguayo, este proceso fue opacado por los graves inconvenientes que tuvo la representación diplomática uruguaya en La Habana, que naturalmente condujo en un deterioro que finalizó con el rompimiento de relaciones diplomáticas en 1964. Por supuesto que la presión estadounidense y el fuerte sentimiento anticomunista promovido desde aquel país -replicado también por varias naciones latinoamericanas- confluyeron para que la decisión de terminar con las relaciones fuera más sencilla para el Colegiado Nacional.

A partir de los informes que llegaron desde la Embajada nacional en Cuba entre 1959 y 1964, podemos afirmar que la actitud uruguaya condice con el historial diplomático que tanto nos caracterizaba por aquella época. Este pasado naturalmente influyó en la búsqueda constante de Cuba por tener un buen relacionamiento con Uruguay, un país catalogado como “baluarte tradicionalmente democrático y (...) respetado dentro del sistema regional. (...) Uruguay en materia de política exterior mantenía una tradición fuertemente arraigada en cuanto a la defensa de la soberanía, la

democracia, el principio de autodeterminación de los pueblos y de respeto al sistema internacional” (García, 2017, p.17).

De esta manera, conjuntamente se iba radicalizando la Revolución y perseguía a los contrarios al régimen, la Embajada uruguaya en la isla se fue transformando en un “reducto contrarrevolucionario” opositor al Gobierno de Fidel Castro. En este sentido, el informe de noviembre de 1961 de Carlos Heunier Fleurquin -encargado de negocios que estuvo a cargo de la Embajada uruguaya en La Habana- es revelador de la situación vivida por la misión diplomática en Cuba. Al mes de su asunción (el 19/10/1961), Heunier detalló para la Cancillería uruguaya un documento sobre las dificultades en la práctica del derecho de asilo en Cuba, debido a las circunstancias de extrema tensión social imperantes en la isla caribeña.<sup>xxi</sup> Dentro de este informe de tan solo 15 días –del 21 de octubre al 4 de noviembre de 1961- que se detallan los principales acontecimientos que se produjeron en relación a la Embajada uruguaya en La Habana, es posible visualizar la gravedad de los acontecimientos y la omisión de ambas partes en relación a los Convenios sobre la representación diplomática y el asilo político, en particular con los Convenios de Viena del cual ambos Estados formaban parte. Vale aclarar que este informe no es un caso aislado ni mucho menos, sino que por el contrario, el trajinar de los acontecimientos tendió a agravarse con el paso del tiempo.

La peripecia comienza, según detalla el encargado de la Embajada, el 21 de octubre, cuando al efectuarse una requisita de armas se encontraron dos revólveres dentro del recinto diplomático. A los pocos días, ocurrió un tiroteo entre los asilados que se encontraban dentro de la Embajada y los milicianos revolucionarios, quienes incluso penetraron en la misma, violando la norma de respeto a la soberanía territorial de una Embajada, algo considerado como una falta gravísima dentro de los Convenios diplomáticos suscritos entre los Estados. En consecuencia, el Canciller cubano Raúl Roa se comunicó con Heunier para aclarar los hechos, manifestándole que el tiroteo había dejado a milicianos heridos y que habían armas dentro de la Embajada uruguaya, algo que según las pericias balísticas era claro, siendo tan solo un ejemplo de las graves omisiones también registradas en la misión diplomática uruguaya en Cuba. Las faltas a las obligaciones acontecieron en ambos lados; Uruguay se quejaba constantemente por la poca ayuda cubana en posibilitar el asilo y en impedir que los refugiados abandonen la isla, mientras que el recinto diplomático uruguayo era una anarquía en la que

malvivían cientos de asilados sin ningún control de los funcionarios uruguayos, algo inherente y obligatorio para cualquier misión diplomática.

En el extenso y minucioso informe, Heunie dejaba en claro la imposibilidad de controlar a 31 asilados solamente con dos funcionarios diplomáticos; algo que se fue agravando para 1963, cuando se detalla que la Embajada uruguaya albergó a 275 refugiados, quedando la misma incapacitada para recibir a más personas por “falta de espacio, ropa y alimentos”, lo que era consecuencia de la negación de los permisos de salida por parte del Gobierno cubano.<sup>xxii</sup>

Contrariado por la situación, el informe del Encargado de Negocios da cuenta de una nueva falta gravísima de parte del Gobierno cubano acontecida tan solo unos días más tarde. En esta ocasión, la policía cubana detuvo a un hombre que descendió del auto de la Nunciatura Apostólica ya dentro del jardín de la Embajada uruguaya, y fue puesto preso cuando intentaba refugiarse dentro del recinto diplomático. Este incidente refleja una doble -y nueva- burla de las autoridades cubanas a los convenios suscritos por ambos Estados en el marco de las Naciones Unidas, al ingresar a un terreno protegido especialmente y al detener a un auto que goza de un estatuto especial.

Por si fuera poco, este periplo de hechos termina con los cinco balazos que recibió el asilado Tomás Arencibia dentro del jardín de la Embajada uruguaya. Esto originó una nueva entrevista con Roa, donde el Canciller manifestó que el militar fue insultado antes de cometer la agresión desproporcionada. Si bien, como expresa el propio Heunie, las versiones de los asilados, de los militares y del propio Canciller cubano Roa son disimiles y extremadamente parciales, resulta claro que la agresión fue perpetuada dentro del recinto diplomático, siendo este territorio, que goza de una protección especialísima por el derecho internacional, vulnerado por las autoridades cubanas en múltiples ocasiones. Más allá de la responsabilidad cubana que es clara, también debemos remarcar la omisión uruguaya en no controlar la actividad de los asilados dentro de la Embajada. La misma fue, durante estos cinco años, un completo centro “contrarrevolucionario” a partir del cual se escondían armas, se hacía propaganda contra el régimen, y también se agredía a los militares del exterior, quedando poco claro si ellos inician las acciones o si meramente las respondían. El poco contralor uruguayo y el testimonio parcial de las contrapartes no ayudan a determinar la veracidad de los múltiples relatos que se propagaron en relación a la Embajada uruguaya y sus agresiones contra los militares cubanos protegidos por sus propias autoridades.

De esta forma, en referencia a las violaciones perpetuadas por el Gobierno cubano, el representante uruguayo manifestaba que:

“la actitud de este Gobierno en cuanto a la práctica del derecho de asilo es perfectamente hipócrita. Mientras proclama el respeto del mismo y declara públicamente que quien desee abandonar la isla puede hacerlo en cualquier momento, en la realidad hace todo lo imposible por impedir la salida de sus enemigos, por la razón bien natural, (...) de evitar que mañana puedan regresar a combatir contra él. En estos momentos, (...) el Gobierno no da salvoconductos, para que, estando materialmente colmada la capacidad de las Embajada(s), las mismas se resistan a recibir nuevos asilados. (...) Finalmente, el Gobierno ha adoptado oficialmente diversas medidas que restringen aún más la práctica del asilo, imposibilitándola de hecho“<sup>xxiii</sup>.

Asimismo, el encargado de la Embajada manifestaba que se carecía de personal y el mismo era inadecuado, contraponiéndose esta situación con la del resto de los países sudamericanos. La situación de nuestros pares argentinos, por ejemplo, era bien distinta; tenían cinco funcionarios de carrera con varios auxiliares y asilaban en el propio edificio de Cancillería que estaba ubicado en un “barrio populoso y bien iluminado”. Así Heunie explicaba que:

“(...) Para el caso nuestro, la situación es lamentable. Tenemos una Residencia inhabitable, donde malviven asilados; una Cancillería que es una sola habitación, donde no existe ninguna posibilidad para tratar un asunto delicado (...) y el Consulado se encuentra ubicado en un local viejo, incómodo, metido dentro del estudio del estudio de un abogado que es Cónsul Honorario.(...) Nuestra sede está rodeada como si fuera una fortaleza sitiada. Milicianos con fusiles y ametralladoras la cubren por todos lados, y últimamente, (...) han derribado los árboles que circundaban los jardines (...) para mejorar la visibilidad, medida que tiene un sabor netamente militar. En cuanto a los asilados, (...) existen varios elementos definitivamente peligrosos, que inspiran desconfianza. (...) Tanto valen los de adentro como los de afuera y no tengo confianza ni en unos ni en otros. Por ello, me resulta probable que haya armas ocultas en la Embajada. (Ibíd., pp.16-17)”

Sin desligar la responsabilidad del Estado uruguayo ante la gravedad de los acontecimientos, consideramos oportuno señalar este informe como una prueba

fehaciente de la situación vivida por la representación diplomática uruguaya entre 1959 y 1964. Como veremos, muy lejos de mejorarse este oscuro panorama, solo tendió a empeorar.

Las relaciones bilaterales se fueron deteriorando a partir los múltiples incidentes que continuaron generándose. Una muestra de esto ocurrió en agosto de 1962, cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba le entrega una nota de protesta al Encargado de Negocios uruguayo. En la misma, se advierte al Gobierno uruguayo sobre el aplazamiento indefinido -y sin motivos aparentes- del documento de adhesión de Cuba a la Convención multilateral que crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). Tal como explicaba Raúl Roa, esta actitud uruguaya constituía un “ataque gratuito e intolerable, [sin que pueda excluirse] país alguno por razones de discrepancia política o de otro orden”<sup>xxiv</sup>.

Tan solo unos días más tarde, se verifica una nueva protesta del Gobierno cubano, dirigida a la misión diplomática uruguaya por las “continuas violaciones al Derecho de Asilo” que acontecían en nuestra sede diplomática. “Ese contumaz desprecio por las normas establecidas por los Convenios de Asilo [se verifica] con la desafiante exhibición de carteles con leyendas ofensivas al Gobierno Revolucionario y la recepción, a todo volumen, de las emisiones contrarrevolucionarias”<sup>xxv</sup>.

Estos acontecimientos fueron tensionando aún más las relaciones bilaterales. Dentro de este contexto, se da el asesinato de José Barrero Fernández el 3 de diciembre de 1962, quien, en un episodio muy confuso, cayó muerto dentro de la Embajada uruguaya. Aunque no se sabe con exactitud lo acontecido debido a las versiones antagónicas de los contrarrevolucionarios cubanos que se asilaban en nuestra Embajada y de los milicianos cubanos, lo cierto que Barrero Fernández intentó refugiarse al intentar ingresar con su motocicleta en nuestra Embajada y fue asesinado por los guardias cubanos, no siendo posible distinguir el área del disparo. Si bien no es posible diferenciar si fue abatido dentro del recinto diplomático o si le dispararon fuera, es seguro que su cuerpo cayó dentro del recinto diplomático, generándose un grave y nuevo incidente con el Gobierno cubano.<sup>xxvi</sup>

Las consecuencias de este hecho fueron verdaderamente calamitosas para las relaciones bilaterales entre ambos Estados, mientras que Cuba seguía culpando a Uruguay por sus omisiones en el control de los asilados, ya circulaban rumores en La Habana de que nuestro Gobierno pretendía suspender las relaciones diplomáticas con la

isla.<sup>xxvii</sup> Este último incidente fue medular dentro de las relaciones bilaterales en el período en cuestión, ya que la ruptura parecía inminente a posteriori de este episodio. En 1962, después de la exclusión cubana en la OEA, ya 14 Estados latinoamericanos habían terminado sus relaciones diplomáticas con la isla, presionando indirectamente a nuestro país a emular este destino. A pesar de esto, la medida del Gobierno uruguayo se dilataría hasta septiembre de 1964, resistiéndose lo máximo posible ante la pujante presión internacional, tal como recordaba el propio Fidel Castro en sus memorias (Ramonet, 2006)<sup>xxviii</sup>.

A partir de esta confusa muerte siempre estuvo latente el cese de relaciones diplomáticas. La Embajada uruguaya siguió comportándose de manera anómala –en comparación con las otras Embajadas latinoamericanas- y la práctica del asilo en el recinto diplomático fue cada vez más incongruente con las disposiciones sobre asilo diplomático. Esto mismo se reconoce en un memorándum de un consejero uruguayo al jefe de misión, donde el consejero hacía notar la penosa situación de la Embajada uruguaya para otorgar un asilo con todas las garantías ajustadas a derecho. El texto hace referencia a que la situación edilicia era lamentable, estando el recinto bloqueado por militares que bordeaban el edificio e impedían cualquier acceso hacia la misma. En cuanto a la ubicación, no era fácil su acceso; la misma se encontraba en una zona donde las pocas construcciones eran habitadas por los propios milicianos. Ante este panorama, era muy difícil para los perseguidos del régimen cualquier intento de penetrar la misma en búsqueda del asilo político, ya que el mero intento podría devenir en un apresamiento o incluso en la muerte. De esta forma, tal como expresa el desconocido consejero, la “institución del Asilo, va camino de ser en Cuba, una teoría muy humanitaria, solamente, que tuvo vida en un pasado que cada vez se hace más distante.”<sup>xxix</sup>

El memorándum también hacía referencia a las faltas de los funcionarios diplomáticos que incurrían al trasladar a los refugiados –mayoritariamente contrarrevolucionarios- a la residencia “El Laguito”, espacio destinado por la Embajada uruguaya para ejercer el derecho de asilo (Ibíd.). El transporte de los refugiados hasta la Embajada era un punto controversial; mientras que las instrucciones de la Cancillería eran claras al obligar a los funcionarios a no transportar a los refugiados, los que llegaban en búsqueda de refugio veían esta actitud poco colaborativa, al tener que transportarse desde el edificio de Cancillería (donde se aprobaba su solicitud) a la residencia de “El Laguito” doce kilómetros, poniendo en juego su seguridad personal

para lograr este propósito. Esto mismo es descrito en un memorándum del Encargado de Negocios Zuleik Ayala Cabeda, donde el representante uruguayo explica que “las sanciones por delitos políticos y comunes son tan impresionantemente severas en Cuba, que se justifica plenamente el temor [de] pensar que pueden ser sometidos a los castigos que imponen los Tribunales revolucionarios”.<sup>xxx</sup>

Asimismo, Ayala Cabeda detallaba que con cada nueva medida que iba radicalizando el Gobierno, se multiplicaban los descontentos y las nuevas solicitudes de asilo; existiendo más de un centenar de movimientos clandestinos que evidenciaban una clara desconexión entre los mismos. Por el contrario, la revolución socialista no admitía:

“resquebrajamiento alguno, [afectando] la vida política, económica y social del ciudadano. Todas las normas jurídicas son dictadas para suprimir los derechos individuales y someter al individuo a los intereses del Estado, y cada disposición legal crea actos de rebeldía en un sinnúmero de individuos, que nunca pensaron en participar en actividades de carácter político, (...) pero que se rebelan cuando le expropián sus bienes o se les impone condiciones de trabajo a los que no se hallan habituados y que no están dispuestos a admitir” (Ibíd., p.2).

Igualmente, el informe da cuenta de la problemática en torno a las dificultades de los asilados para salir del país; consecuencia del miedo del Gobierno a que luego vuelvan a luchar contra la “liberación” de Cuba –caso invasión de la Bahía de Cochinos-. Tal como explica el Encargado de Negocios, ningún buque de pasajeros llegaba desde los países occidentales, siendo la única vía posible de comunicación con el exterior para 1963, dos vuelos irregulares que se hacían desde México y España. Esta situación originaba que el país de destino de los asilados sea “un problema sumamente embarazoso”. Cuba, naturalmente, no veía con agrado la concesión de visas waiver para que sus adversarios políticos se refugien en territorio estadounidense; México solo autorizaba la entrada de cubanos en muy pocos casos y luego de largas gestiones, ni tampoco era posible “obtener autorización de ingreso en ninguno de los países del Caribe, América Central ni de los países de la parte norte de América del Sur” (Ibíd., p.9).

En consecuencia, quedaban solo dos destinos posibles para la mayoría de los refugiados cubanos: España y Uruguay. El país ibérico solo admitía un número reducido de asilados, siendo nuestro país, a pesar de los altos costos, posiblemente la mejor

opción para buscar refugio para muchos de los refugiados que intentaban escapar del régimen castrista. A pesar de que el Gobierno cubano era renuente a otorgar salvoconductos o que se negaba a pagar los pasajes aéreos, muchos cubanos decidieron emigrar entre 1959 y 1964 hacia el territorio uruguayo.

La tensa situación descrita, sumada a las consecuencias que generaría una segunda muerte en la Embajada uruguaya, terminaría por dar ese impulso final para que el Gobierno uruguayo termine con las relaciones diplomáticas en 1964. A diferencia de la muerte de José Barrero Fernández, donde el grado de responsabilidad cubano no es claro, en esta muerte la responsabilidad de la milicia cubana es clara y manifiesta; influyendo de manera natural, ante un contexto poco favorable para relaciones amistosas con Cuba, en la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos Estados en septiembre de 1964. Ambos incidentes, si bien son prácticamente omisos por la historiografía uruguaya en la caracterización de las relaciones bilaterales con Cuba, fueron parte constitutiva del primer cese de relaciones diplomáticas con la isla.

De la misma forma que los incidentes anteriormente citados, este hecho se dio en un contexto similar: el lugar no era idóneo para recibir asilados, los contrarrevolucionarios seguramente tenían armas dentro de la embajada, y además, nuevamente, no se encontraba ningún funcionario diplomático a la hora en que se produce el incidente. Inevitablemente, las versiones se contradicen entre los involucrados, pero queda claro, luego de las fotografías y testimonios; que el 14 de marzo de 1963, cuatro cubanos intentaron penetrar en un jeep robado en la residencia oficial del Encargado de Negocios uruguayo con el propósito de asilarse en la misma. Como describe nuevamente Zuleik Ayala Cabeda, al ser sorprendidos los militares por “la inesperada acción del vehículo que penetró en el jardín de la Embajada, comenzaron a disparar desde la calle [-cuando ya se hallaba estacionado el vehículo-], penetrando luego el miliciano [y] haciendo fuego desde un lugar situado en el jardín”.<sup>xxxii</sup> Esto es confirmado luego por los testimonios de los actores y las fotografías tomadas desde dentro de la Embajada; evidenciándose, nuevamente, ciertas omisiones del Estado uruguayo, y la burla de los Revolucionarios en respetar un espacio considerado inviolable para el derecho internacional.

El resultado del incidente es la muerte de José Antonio Lazo Guzmán y las heridas sufridas por Obdulio Cruz Arocha. Percibiendo que posiblemente este hecho conduciría al rompimiento de relaciones diplomáticas, es que Fidel Castro y Raúl Roa

se reúnen ese mismo día con el representante uruguayo para tratar de limar las asperezas que generaban esta clase de incidentes entre ambos Estados. Tal como describe AyadaCabeda en el informe confidencial, Fidel Castro se manifestó de forma agresiva ante la actitud uruguaya en torno a la práctica del asilo que “enturbiaba las relaciones de Cuba con un país amigo”. Asimismo, el Doctor Castro manifestaba que los asilados dentro de nuestra embajada se encontraban armados, a lo que Raúl Roa agregaba que:

“(…) La responsabilidad de estos hechos es imputable, en rigor, a la gravísima situación creada por las contumaces provocaciones y violencias de los elementos contrarrevolucionarios que han intentado penetrar y han penetrado en la sede uruguaya, con flagrante desconocimiento de las formalidades y requisitos establecidos en el Derecho de Asilo(…), en detrimento de las normales relaciones existentes entre ambos Gobiernos” (Ibíd., pp.7-8).

Como se denota, si bien la respuesta cubana es dura y expresa con razones válidas su descontento ante la pasividad uruguaya en controlar a sus asilados, no debemos pensar que fue con el sentido de tensionar aún más las relaciones bilaterales; sino que por el contrario, el hecho de que se junten dos de las máximas autoridades cubanas con el representante uruguayo, es un reflejo del interés cubano en salvaguardar las relaciones bilaterales con un Estado clave en la geopolítica americana a raíz de sus fieles tradiciones diplomáticas.

A pesar de los intentos de los Revolucionarios de acercarse con Uruguay, la señal que venía desde nuestro país era cada vez más anticomunista, conforme se fue radicalizando Cuba y desplazando a sus dirigentes moderados del Gobierno. Este incidente enturbió las relaciones bilaterales, generándose en Cuba una campaña de la prensa que destacaba –con varias falsedades- las omisiones del Estado uruguayo y enrarecía aún más el ambiente entre ambos Gobiernos. Esto también se refleja en las declaraciones de Ayala Cabeda sobre el incidente, donde deja a entrever una posible ruptura de las relaciones bilaterales en un “momento en que [la Embajada uruguaya] tenía bajo su protección a 256 asilados, cuando las Representaciones Diplomáticas de los países asilantes de Chile y Brasil no tenían ninguno y México tan solo un asilado” (Ibíd., p.16).

### **5.3 Ecos de la Revolución Cubana que condujeron al fin de relaciones bilaterales con Uruguay**

Mientras tanto, en Uruguay, desde la visita de Guevara en 1961 la sociedad nacional se fue radicalizando, con algunos grupos que veían al camino de las armas como la única forma posible de llegar al poder y, al mismo tiempo, con un aumento considerable del anticomunismo que se manifestaba abiertamente en contra de cualquier tipo de relacionamiento con Cuba. Esta escalada de tensión queda latente en 1963, cuando se produce el primer robo de armas del embrionario Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, y un año más tarde ocurriría la dictadura de Brasil, con ecos desestabilizadores que comenzaban a hacerse sentir en algunos mandos militares en Uruguay.

No hay dudas que la Revolución Cubana contribuyó en la radicalización social, mostrando como ejemplo la vía armada para llegar al poder, y al mismo tiempo, exacerbando el anticomunismo, y la mayor represión policial y militar como forma de control de masas. Por el otro lado, la presión estadounidense también se hacía sentir, promoviendo mayor participación militar, y alentando, con el correr de los años, la propagación de golpes de Estado con militares autoritarios a la cabeza de los mismos.

A pesar de que el historial democrático uruguayo influía en el mantenimiento de relaciones bilaterales con el régimen marxista-leninista que se practicaba en Cuba, en 1964 confluyeron varios factores que hicieron terminar las relaciones diplomáticas con la isla. En primer lugar, debemos destacar que el Gobierno Ejecutivo tenía en su mayoría a blancos contrarios a las ideas cubanas, que contaron con apoyos en el Partido Colorado, y de la gran mayoría de la sociedad uruguaya que se manifestaba contraria a las ideas revolucionarias. En segundo lugar, la presión estadounidense, y de sus países satélites, se hacía sentir después de la Conferencia de la OEA en 1962, alentando a todos los gobiernos –con excepción del mexicano– en terminar las relaciones con Cuba, para aislar cualquier vestigio del comunismo del sistema interamericano. Por último, debemos remarcar la importancia del elemento nuevo que introdujimos al análisis, ya que los hechos acaecidos en la Embajada uruguaya terminaron por desencadenar el rompimiento de unas relaciones que ya venían deterioradas por todos los factores antedichos. Nunca se sabe que pudo haber ocurrido sin los múltiples incidentes que se produjeron en torno a la misión diplomática uruguaya acreditada en La Habana.

## **6. Conclusiones finales**

Para comprender la magnitud y efectos de la Revolución Cubana es necesario ver el contexto americano en las décadas del 50' y 60'. En el marco de tensión mundial provocado por la Guerra Fría, y en la necesidad de nuevas medidas para contrarrestar la crisis y el subdesarrollo en AL, la Revolución Cubana configuró un verdadero “parteaguas” para la opinión pública latinoamericana, con ideas nuevas e innovadoras que hicieron eco en la mayoría de los países, siendo nuestro país un verdadero ejemplo de la situación vivida en ese momento.

Dentro de este contexto internacional estalla la Revolución Cubana en el “patio trasero” de los EEUU, en un país que nunca había conocido la independencia plena. Para la potencia americana este quiebre fue inesperado, abrupto y gigantesco, pasando a tener un enemigo a solo 150 millas de su territorio en un contexto de extrema tensión mundial con la URSS.

A nivel interno de Cuba, no podemos concluir que la Revolución fue imprevisible, sino que es fruto de un largo proceso de decadencia democrática. La sociedad estaba sumergida en la tiranía de Batista y en años de declive democráticos, lo que ayuda a explicar la gran simpatía y compenetración que logró Fidel Castro con el pueblo cubano en sus comienzos.

Sabiendo que sería muy difícil sostener el régimen socialista por la presión estadounidense, Cuba debió necesariamente apegarse a la URSS para asegurarse su soberanía. Pero a diferencia de la potencia comunista, Cuba tuvo un destacado papel en lo que respecta a su política exterior hacia AL, buscando -en los comienzos- la propagación de sus ideales socialistas, para luego apostar decididamente por la generación de “nuevas Cubas” utilizando las armas como medio para llegar al poder en un continente poco desarrollado.

Dentro de este contexto, Uruguay representaba un país destacado por su apego al derecho internacional, dentro del cual, los ideales cubanos calaron verdaderamente hondo.

### **6.1 Uruguay y Cuba: una historia de encuentros y desencuentros**

A pesar de que las relaciones entre ambos Estados se establecieron en 1902, hasta la dictadura de Batista este relacionamiento bilateral fue escaso. Es en nuestro período de análisis (1959-1964), conjuntamente con la llegada al poder de los Revolucionarios,

es donde se da el apogeo de incidencias políticas y diplomáticas entre ambos Estados, que llevó al rompimiento de relaciones diplomáticas en 1964.

Como pudimos comprobar, la hipótesis que planteamos en un principio se cumple, pero no logra explicar por sí sola la decisión de nuestro Ejecutivo de terminar con las relaciones bilaterales con Cuba. El rompimiento diplomático es multicausal, respondiendo a los incidentes que se produjeron en relación a nuestra Embajada instalada en La Habana; pero también a la conformación del Ejecutivo Colegiado y del Poder Legislativo de aquellos años, que contaban con clara influencia blanca –con apoyos de sectores importantes del Partido Colorado- de claro tinte anticomunista y contrarios a cualquier tipo de influencia cubana. A su vez, como ya advertimos, EEUU - junto con sus plataformas de la OEA y la ALPRO- estimuló a que los países latinoamericanos corten cualquier tipo de relacionamiento con los Revolucionarios con el objetivo de constreñir al máximo la política exterior cubana. Estos tres factores confluyeron para que en 1964 se terminen las relaciones bilaterales entre ambos Estados.

Luego de este período, con una Revolución Cubana que apoyaba la formación de movimientos subversivos –como en el caso del apoyo a Tupamaros-, y posteriormente, con la llegada de los militares al Gobierno, fue impensado restituir las relaciones con Cuba hasta el fin de la dictadura uruguaya. Ya con la democracia instaurada nuevamente, en 1985 se retoman los vínculos diplomáticos y comerciales durante el primer mandato presidencial de Julio María Sanguinetti, luego de 12 años de dictadura militar en nuestro país (El Observador, 2016).

Luego de la firma de nuevos acuerdos comerciales, y de la normalización de relaciones con la isla mayor de las Antillas, en 1995 Fidel Castro volvería a Uruguay 36 años después de su primera visita durante las inundaciones del 59'; para que posteriormente, Sanguinetti devuelva la gentileza al visitar Cuba –siendo el primer presidente uruguayo en hacerlo- en noviembre de 1999. Con la crisis del 2002 y el acercamiento entre Jorge Batlle y George Bush, Uruguay optó por acercarse a EEUU, manteniéndose alejado de los países de izquierda. Así, Uruguay apoyaría en la ONU la condena de los derechos humanos en Cuba, y luego de que Fidel Castro lo calificara de “trasnochado y abyecto judas”, ambos países volvieron a distanciarse en 2002. La historia marcada por las rupturas y reconciliaciones volvería a normalizarse en 2004, con la llegada del Frente Amplio al poder, donde el partido de izquierda estrecha los

lazos con Cuba nuevamente, y al mismo tiempo, no se despega de la política de mantenerse cercano al Gobierno estadounidense.

---

## 7. Notas

<sup>i</sup>Kinzer, Stephen (2015). Iran and Guatemala, 1953-54: Revisiting Cold War Coups and Finding Them Costly. En: M.P. Friedman. *Repensando el antiamericanismo*. Madrid: Machado, p.204.

<sup>ii</sup>Farber (2011). En V. Pettinà. *Cuba y Estados Unidos, 1933-1959: Del compromiso nacionalista al conflicto*. Madrid: Catarata, p.65.

<sup>iii</sup> Special National Intelligence Estimate, “Cuba. Castro’s Problems and Prospects over the Next Year or Two”, 27 de junio de 1969, p.3, National Security Files, National Intelligence Estimate, caja 8/9, LBJ. Citado en: Piero Gleijeses, pp.162-163.

<sup>iv</sup> Telegrama N°295 secreto, de Itamaraty para la Embajada de Brasil en Washington, 15.VI.1961. Secretos –Q-W-Cts.Rec y Exp.. AHMRE-B. Citado en: MonizBandeira, cap.X, p.14.

<sup>v</sup> Este relato se basa en informaciones obtenidas por el diplomático argentino Juan Archibaldo Lanús para un trabajo de investigación documental. Vide, Lanús, 1984, p.250 a 251 y 276 y 277. Citado en: MonizBandeira, cap.X, p.21.

<sup>vi</sup>Melo Franco (2008). Citado en: L.A MonizBandeira. *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*. Norma, Buenos Aires.

<sup>vii</sup>Fuente “El País”, Uruguay. Citado en: R. García Ferreira (2017). *Aquel ‘Barbudo Piojoso’*, p.3.

<sup>viii</sup> Versión de la entrevista mantenida por el Dr. Fidel Castro en el Victoria Plaza Hotel, con una delegación de la FEUU, e integrantes del Plenario Sindical”, Montevideo, s/f, en DNII, Carpeta 429, “Actos”. Citado en: Fernando Aparicio *et al.* (2013). *Espionaje y política*. Ediciones B, Montevideo, cap. 8. p.190.

<sup>ix</sup> Marc Jottard, Embajador de Bélgica en el Uruguay. “Visita del Presidente Eisenhower”, Montevideo, 15 de marzo de 1960, pág.16 en Benjamín Nahúm, *Informes diplomáticos de los representantes de Bélgica en Uruguay* (Montevideo: Departamento de Publicaciones-Universidad de la República, 2000) Tomo II, Volumen II. Citado en: Fernando Aparicio *et al.*, cap. 8, p.213.

---

<sup>x</sup> Informe del Embajador Ricardo A. Latham al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, “informativo”, Oficio Confidencial No.14/1, Montevideo, 20 de enero de 1960, págs.3-4. AGHMRE-CH, Embajada de Chile en Uruguay, Oficios, 1960. Citado en: Fernando Aparicio *et al.*, cap. 8, p.212.

<sup>xi</sup> Discurso de Ernesto Guevara en el Paraninfo de la Universidad de la República, Montevideo. 17 de agosto de 1961, en “El Popular”, Montevideo, 21 de agosto de 1961, Pp.2 y 6. Citado en: Blanco Fares, pp.30-32.

<sup>xii</sup>Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores de México, Manuel Tello, durante la Primera Sesión de la Comisión General de la VIII Reunión de Consulta, Punta del Este, 24 de enero de 1962, Octava Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores para servir de Órgano de Consulta en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Actas y documentos (Memorias de la Reunión, Washington D.C. – Unión Panamericana, Secretaría General de la Organización de Estados Americanos, 1963, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, carpeta RC VIII 1, p.87. Citado en: María Blanco Fares, p.91.

<sup>xiii</sup> Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Osvaldo Dórticos Torrado, durante la Quinta Sesión de la Comisión General de la VIII Reunión de Consulta, Punta del Este, 25 de enero de 1962, Octava Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores para servir de Órgano de Consulta en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Actas y documentos (Memorias de la Reunión, Washington D.C. – Unión Panamericana, Secretaría General de la Organización de Estados Americanos, 1963, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, carpeta RC VIII 1, p.174. Citado en María Blanco Fares, pp.93-94.

<sup>xiv</sup> Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, Homero Martínez Montero, durante la Séptima Sesión de la Comisión General de la VIII Reunión de Consulta, Punta del Este, 26 de enero de 1962, Octava Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores para servir de Órgano de Consulta en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Actas y documentos (Memorias de la Reunión, Washington D.C. – Unión Panamericana, Secretaría General de la Organización de Estados Americanos, 1963, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, carpeta RC VIII 1, p.225. Citado en: María Blanco Fares, p.100.

---

<sup>xv</sup> “El Debate”, Montevideo, 2 de febrero de 1962, P.3. Citado en: María Blanco Fares, p.100.

<sup>xvi</sup> Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (AMREX-Cuba), Fondo Fulgencio Batista, Embajador Vicente Valdés Rodríguez a Miguel Ángel Campa, Canciller, “Sobre reconocimiento de Gobierno”. Oficio Confidencial No.7, 10 de abril de 1952, pág.7. Citado en: Roberto García, p.4.

<sup>xvii</sup> MRE-Uy, AA, Informe No 7/7/957 (5), Confidencial, La Habana, 19 de junio de 1957, “Asilo de los Sres. Evelio Rodríguez y Eduardo Tabares”. Documento citado en: Roberto García, p.5.

<sup>xviii</sup> AMREX-Cuba, Fondo: Uruguay, Departamento de Asuntos Latinoamericanos, División C, “Relación de personas y organizaciones a favor y en contra de la Revolución Cubana en Uruguay”, 10 de octubre de 1959. Entre los estudiantes más destacados aparece el nombre de “J.Mujica”, más tarde guerrillero y presidente del país entre 2010-2015. Citado en: Roberto García, p.5.

<sup>xix</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay, Archivo Administrativo (MRE-Uy) (AA), Fondo: Cuba, Caja 8: “Conferencia Países Subdesarrollados (La Habana, 1960)”, Informe confidencial, La Habana, 21 de marzo de 1960, p.1.

<sup>xx</sup> Diario “La Nación”, Santiago de Chile."Uruguay expulsa al embajador cubano", Recorte de prensa adjunto en MRE-AA, Caja 3, 13 de enero de 1961.

<sup>xxi</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Caja 8, Informe sobre el asilo en Cuba, La Habana, 20 de noviembre de 1961.

<sup>xxii</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Caja 7. Extraído del diario “Las Américas”, información proporcionada por Anabella Bonifacio, hija del primer secretario de la Embajada uruguaya en La Habana, Embajada uruguaya en Washington D.C., 13 de marzo de 1963.

<sup>xxiii</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Caja 8, Informe del Encargado de Negocios Carlos Heunier Fleurquin a la Cancillería uruguaya., La Habana, 20 de noviembre de 1961, p.14.

<sup>xxiv</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Carpeta 3: Nota originales recibidas en esta misión durante el año 1962. Nota de protesta del Ministerio de Relaciones Exteriores de la

---

República de Cuba a la Embajada de Uruguay en Cuba; La Habana, 31 de agosto de 1962.

<sup>xxv</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Carpeta 3: Nota originales recibidas en esta misión durante el año 1962. Nota de protesta del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba a la Embajada de Uruguay en Cuba; La Habana, 22 de septiembre de 1962.

<sup>xxvi</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Carpeta 3: Nota originales recibidas en esta misión durante el año 1962. Informe de la República de Cuba a la Embajada de Uruguay en La Habana, La Habana. 12 de diciembre de 1962.

<sup>xxvii</sup> “Aclara el canciller Roa incidente en la Embajada del Uruguay”, Recorte de prensa adjunto en MRE-AA, Caja 3, La Habana, 18/12/1962, sin datos.

<sup>xxviii</sup> Ramonet, Ignacio (2017). Fidel Castro. Biografía a dos voces. En R. García. *Con saludos revolucionarios de Patria o Muerte”: La Embajada de Cuba en Uruguay, 1959-1964*, p.20.

<sup>xxix</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Caja 7. Serie: Memorándum (Asilo Político). Memorándum del Consejero al Jefe de Misión. Embajada de Uruguay en Cuba. La Habana, 14 de agosto de 1963, p.6.

<sup>xxx</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Caja 7: Memorándum del Encargado de Negocios Zuleik Ayala Cabeda al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay Alejandro Zorrilla de San Martín, La Habana, 22 de noviembre de 1963, p.7.

<sup>xxxi</sup> MRE-Uy, AA. Fondo: Cuba, Caja 7. Serie: Memorándum (Asilo Político). Informe confidencial del Encargado de Negocios Zuleik Ayala Cabeda al Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay Alejandro Zorrilla de San Martín, La Habana, 1 de septiembre de 1963, p.4.

---

## 8. Referencias

### 8.1 Bibliografía

- Aparicio, Fernando; Terra, Mercedes y García, Roberto (2013). *Espionaje y política*. Ediciones B, Montevideo.
- Blanco Fares, María Mercedes (2007). *La revolución cubana y la política exterior del primer colegiado blanco a través de la documentación uruguaya*. UDELAR, Dpto. de Historia Americana. Montevideo.
- Friedman, Max Paul (2015). *Repensando el antiamericanismo*. Madrid: Machado.
- García Ferreira, Roberto (2017). *Con saludos revolucionarios de Patria o Muerte: La Embajada de Cuba en Uruguay, 1959-1964*. Inédito.
- Gleijeses, Piero (2004). “*Las motivaciones de la política exterior cubana*” en Daniela Spenser [Coordinadora] *Espejos de la guerra fría. México América Central y Caribe*. Porrúa, México.
- Leogrande, William y Kornbluh, Peter (2015). *Diplomacia encubierta con Cuba. Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana*. FCE, México
- MonizBandeira, Luis Alberto (2008). *De Martí a Fidel. La Revolución Cubana y América Latina*. Norma, Buenos Aires.
- Pettinà, Vani (2011). *Cuba y Estados Unidos, 1933-1959: Del compromiso nacionalista al conflicto*. Madrid: Catarata.
- Rinke, Stefan (2015). *América Latina y Estados Unidos: Una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy* (Marisol Palma, trad.). Madrid: Parcial Mons.
- Rojas, Rafael (2015). *Historia mínima de la Revolución Cubana*. COLMEX, México.
- ZanettiLecuona, Oscar (2013). *Historia mínima de Cuba*. COLMEX. Madrid:Turner

---

## 8.2 Documentos

### Archivo Administrativo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay. Relaciones de Uruguay con Cuba: Cajas 3,7 y 8.

ECURED. *Política del Buen Vecino*. Cuba. Recuperado de:  
[https://www.ecured.cu/Pol%C3%ADtica\\_del\\_Buen\\_Vecino](https://www.ecured.cu/Pol%C3%ADtica_del_Buen_Vecino)

El Observador (2016, 27 de noviembre). *La relación entre Uruguay y Cuba: amor, rechazo, amor...* Recuperado de: <http://www.elobservador.com.uy/la-relacion-uruguay-y-cuba-amor-rechazo-amor-n294477>

Fernandez, Francisco (2016). *Lo que no suele contarse de la Guerra de los diez años*. Cibercuba, Cuba. Recuperado de: <https://www.cibercuba.com/lecturas/lo-no-suele-contarse-guerra-diez-anos>

García Ferreira, Roberto (2017). Aquel ‘Barbudo Piojoso’. *Revista Lento*, Montevideo.

HICUBA, Cuba. *La Guerra de Independencia, la Independencia, la República*. Recuperado de: <https://www.hicuba.com/historia-1.htm>

Human Right Watch (2016, 26 de noviembre). *Cuba: La era de Fidel Castro, marcada por la represión*. Recuperado de:  
<https://www.hrw.org/es/news/2016/11/26/cuba-la-era-de-fidel-castro-marcada-por-la-represion>

LaRed21 (2002, 24 de abril). *Cronología de las relaciones diplomáticas entre Uruguay y Cuba*. Recuperado de: <http://www.lr21.com.uy/politica/77610-cronologia-de-las-relaciones-diplomaticas-entre-uruguay-y-cuba>

La República (2014, 21 de diciembre) *Uruguay y Cuba: historia de rupturas y de reconciliaciones*. Recuperado de: <http://www.republica.com.uy/uruguay-y-cuba/>

Macías Tejada, Sara (2015). Reseña bibliográfica a Stefan Rinke. *Revista Electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, nº 14.

---

Universidad de Sevilla. Recuperado de:

<http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/223941/174381>.

Morgenfeld, Leandro (2012). Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta del Este (1961-1962). *Revista SciELO*, Buenos Aires. Recuperado de:

[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1851-37352012000200001](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-37352012000200001)

Torres, Carlos Alberto (1990). *La política de la educación no formal en América Latina*, New York: Praeger. Recuperado de:

[https://books.google.com.uy/books?id=bbF0dsBIWyUC&pg=PA9&source=gbs\\_toc\\_r&cad=4#v=onepage&q&f=false](https://books.google.com.uy/books?id=bbF0dsBIWyUC&pg=PA9&source=gbs_toc_r&cad=4#v=onepage&q&f=false).